



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervera, Cheste (conde de), Collado, Cortina Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cahanman, Calcaño, Dacarreta, Díaz (José María) Díaz Pérez, Durán, Duque de Rivas-Echevarría, (J. A.) Espín y Guillén, Estrada, Echegaray, Equiaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdós de Molina (D. Javier), Graells, Jiménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch Iriarte, Jamer, Jaumeandrea, Labra, Larra, Larrañaga, Lasada, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guíjarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro)-Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Oñazaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinos, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarninaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Señoria Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cemborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Agosto de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—Taycosama emperador, por Rafael del Pan.—Soneto, por R. Ortiz y Beneyto.—Locos y tontos, por ***.—Tú y yo, por R. Ortiz y Beneyto.—La leyenda de San Roque, por R. Giner Arivau.—Soneto, por R. Ortiz y Beneyto.—Bacterias, por J. G.—Si y no, por R. Ortiz y Beneyto.—Blanca, por Miguel Martínez Franco.—A Pilar (poesía), por Bernardino Martín Mínguez.—Una víctima, por R. Ortiz y Beneyto.—No me quiero morir, por R. Ortiz y Beneyto.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—A Margarita, (poesía), por Francisco Ortega de la Parra.—Maldita guerra civil, por Miguel Martínez y Franco.—Soneto, por R. Ortiz y Beneyto.—El Angel de la Tierra, por Ramón de Sanjuan.—Soñaba, por R. Ortiz y Beneyto.—Los gigantes de Carnaval, por José de Siles.—Ayer y hoy, por R. Ortiz y Beneyto.—Ecos del alma! por Angel Selma Cordero.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

Son antiguas las aficiones de Alemania á nuestras posesiones oceánicas: el comercio alemán es en Filipinas el que sigue inmediatamente en importancia al inglés y excede ¡vergüenza causa decirlo! al español. Por esto, la nota de Bismarck participando á España la intención de ocupar las islas Carolinas, que consideraba como bienes mostrencos, no sólo sorprendió, sino que agitó la opinión, por las consecuencias que de la ocupación por Alemania de aquellas islas pudieran derivar para nuestro patrimonio nacional.

Asocióse desde el primer momento el gobierno al movimiento nacional y fueron las primeras manifestaciones unánimes, siendo la protesta digna de un país que no desea locamente la guerra; pero que tampoco la teme y la afrontará siempre que se trata de su dignidad y de la integridad del territorio.

Posteriormente, al empezar el gobierno las negociaciones, la opinión se ha dividido, mostrando los periódicos conservadores una tem-

planza, de la que al principio patrióticamente prescindieron.

En lo que no hay divisiones entre los españoles, es en la cuestión de la marina de Guerra. Todos los centros, muchos periódicos, particulares entusiastas y generosos, han expuesto mil planes, proyectos mil, que al fin parecen condensarse en una ida práctica: la realización de un gran empréstito.

El Circulo militar de esta corte, anticipándose á todos, ha acordado invitar al ejército á que deje un día de haber y con su producto—cerca de 80.000 duros—comprar un torpedero que se llamará Ejército.

La política extranjera se halla casi por completo reducida á nuestra cuestión con Alemania. Un repaso á la prensa europea nos lo demostrará.

A Provincia, diario democrático-monárquico de Lisboa dice:

«La actitud energicamente patriótica adoptada espontáneamente por el pueblo español, parece haber hecho vacilar al canciller de hierro. Sea como quiera, él no dejará de encaminarse á su objeto. Un compás de espera ó un sutil desvío en su dirección, y en breve volveremos á verle marchar, vencida la pequeña dificultad que le estorbó la marcha.

Digno de aplauso es en tanto, el brioso procedimiento de la nación española, y á nosotros nos merece especial simpatía su causa. Su triunfo, si lo alcanzare, llena de satisfacción todos los corazones latinos, que en estos momentos laten de verdadera ansiedad por su hermano, empeñado en una contienda de honor.»

O Primeiro de Janeiro dice:

«Lo que está ocurriendo en España es un testimonio vivo de lo que puede la energia de

un pueblo, por muy herido que se halle á consecuencia de sucesivos desastres, cuando un gran sentimiento nacional concuerde todas las voluntades y concenre en una sola dirección todos los esfuerzos.

Desgarrada por cruentas guerras civiles, cuyas heridas vierten todavía sangre; flagelada por las inundaciones y por los terremotos; empobrecida por los gastos extraordinarios de luchas y por las perturbaciones económicas que forman su cortejo; y ahora, en estos momentos, oprimida por una epidemia horrorosa que diariamente le arrebatá algunos millares de existencias y que por todas partes esparce pánico y terror, y quebranta los ánimos y hace desfallecer los espíritus más valerosos, España ofrecia fácil presa á las codicias insaciables que traen mal avenidas consigo mismas á las grandes potencias europeas. ¿Qué importaría á España un archipiélago casi despoblado en la Oceanía cuando el cólera la despuebla en el continente? Y las águilas alemanas, seguras de la neutralidad del leopardo británico, se apoderaron de las islas Carolinas, sin pensar siquiera que tal temeridad pudiera acarrearles graves conflictos.

A la primera noticia de la usurpación, España, abatida y doliente, levantóse energética, varonil, impetuosa. En buen hora caigan por millares las víctimas del cólera. También así caían, víctimas del hierro enemigo, los héroes de Numancia, Zaragoza y Madrid. El sol enervante, siniestro del 2 de Mayo, calentó de repente aquella población donde todo puede morir menos el amor de la patria, menos el orgullo y el brío nacional...

No hay pueblos pequeños, no. España, que no está admitida en el concierto de las grandes naciones, que no es potencia de primer orden, realizó en un día un esfuerzo gigantesco,

que tal vez ninguna de las naciones europeas sería capaz de realizar... El grano de arena convirtiéndose en roca bajo el férreo zapato de Bismarck. Cuál será el desenlace final de este conflicto, aun no está bien aclarado; pero, sea cual fuere, no podrá empecer para que de estos acontecimientos resulte una lección preciosa. No hay pueblos pequeños, no. Y ante la tiranía expoliadora de las grandes naciones, la coalición de los Estados de segundo y tercer orden preséntase como una barrera necesaria para la salvación común y para la defensa del derecho internacional que ellas ponen bajo sus pies.»

Y en fin, *O Seculo* dice;

«La lección que Alemania acaba de recibir de nuestra briosa vecina, demuestra claramente que los débiles lo son tan sólo cuando les faltan la energía, la altivez y la conciencia de su dignidad; demuestra asimismo que si Portugal hubiera sabido adoptar una actitud semejante á la de España, tal vez Inglaterra no nos escarneciese como hasta ahora nos ha escarnecido.

¡Qué hermosa lección encierran los últimos sucesos!

Cuando España y Portugal, heróicos en sus hazañas, gloriosos en sus aventuras, recorrían los mares en busca de nuevos espacios á donde llevar la civilización, la ciencia, el comercio y la industria, libertando el Océano, y descubriendo tierras nuevas, en ese tiempo todavía Alemania comenzaba á salir del estado de barbarie.

Hoy, Alemania quiere saltar por encima de todo y desquitarse de los siglos en que era desconocida en los mares y en los pueblos.

Y ¡alto! le ha dicho España, no aumentarás con mis glorias tu diadema, ni será con mis plumas con las que se vistan los grajos del Norte».

La prensa alemana continúa lanzando sobre nosotros diatriba sobre diatriba é insulto sobre insulto.

Esta actitud de la prensa, pagada del fondo alemán de reptiles, podrá servir para que nosotros formemos idea de las intenciones que abriga el canciller de los tres pelos en la coronilla, por si quedan todavía en España optimistas que puedan creer en los buenos propósitos que alienta hacia nosotros Alemania.

Por lo demás, los ridículos denuestos que nos dirige esa prensa, no llegan á la altura de nuestro desdén.

El corresponsal del *Times* en Berlín trasmite á su periódico el siguiente extracto de lo que dicen los periódicos alemanes sobre la actitud de España:

«BERLÍN, Agosto 27.

Las demostraciones escandalosas que la prensa española ha hecho á propósito de las Carolinas, ha empezado á producir irritación semejante aquí, y el tono de los periódicos es absolutamente distinto del que era cuando el príncipe heredero de Alemania pagó su famosa visita á los dominios del «Rey hulano» hace dos años. Aquellos eran tiempos dedicados al cambio de cumplidas afecciones entre Madrid y Berlín; pero ahora, la capital de España ha empezado á lanzar reproches, y la prensa alemana, que al principio oyó la explosión de Madrid con aire de sorpresa, gradualmente va convirtiendo su tono en el que corresponde á una picante polémica.

Pero lo que más molesta es que Francia, mirando á lo que pueda sacar de la aventura, está aventando todo lo que puede el fuego de la rabia de España, induciéndola á la afirmación de sus ilusorios derechos.»

El *Borsen Courier* escribe:

«El partido de los Don Quijotes que querían citar á campal batalla á Alemania, aumenta en Madrid, como en París crece la turba de Sancho Panzas que auxiliaría á aquellos guerreros.»

La *Kreuz Zeitung* dice:

«La mayor parte de los españoles no tienen idea de lo distante que está su país de las po-

tencias grandes por su influencia y por su poder.

A aquel pueblo se le trastorna la cabeza con el recuerdo de lo que fué hace tres centurias, cuando el sol no se ponía nunca en sus dominios, y esto es un factor en el asunto, que el gobierno debe tener en cuenta.»

El *Post* observa:

«La conducta de los españoles es imprevisible. Desde 1870 que quedaron establecidas notables relaciones entre dos naciones, sin ningún empeño por nuestra parte, Alemania ha hecho todo lo que ha podido por demostrar á los españoles que una poderosa nación del centro de Europa los miraba con sentimientos de amistad y estimación, y cuando los naturales infortunios descargaron sobre ella, Alemania no fué la última en demostrar sus simpatías á las víctimas de las catástrofes. Pero ahora, el pueblo que no se inquieta ni excita porque sus más fuertes baluartes estén en manos extranjeras, cuando oye la noticia, no confirmada, de que Alemania ha tomado posesión de una isla remota, en que no hay huella de dominio ó soberanía española, prorrumpen en aullidos de furia, como si hubiera que defender los más caros intereses de la humanidad contra la barbarie. Nosotros conocemos muy bien que la mayor parte de nuestras impresiones de España las recibimos á través de un *medium* turbulento, y que Francia estima el momento oportuno para determinar un cambio en su juego futuro; pero sin embargo, no pueden quedar dudas de la inmoderada naturaleza del movimiento en España, que excede los límites de la razón y de la reflexión.»

A través de todos esos denuestos y desdenes, se transparentan la contrariedad y el disgusto que en las elevadas regiones de Alemania han causado demostraciones de virilidad y energía que se creían imposibles en nuestra España.

Y en tal concepto, debemos felicitarnos.

Por último, en compensación á la ligera molestia que en nuestros lectores hayan podido producir las risibles alharacas de los periódicos alemanes, léanse las siguientes frases de un artículo que en *Le Matin* publica el distinguido escritor francés J. Cornely:

«El príncipe de Bismarck propone un arbitraje; pero la opinión pública en España lo rechaza, como lo rechazaría cualquier particular á quien se le ofreciese un extranjero instalado en su casa.

En España los ánimos están muy excitados: se habla de hacer la guerra á la Alemania á pié, á caballo, por tierra y por mar.

Hé aquí la situación: seguramente á los ojos de Europa, que no ha tenido tiempo todavía para familiarizarse con el nuevo precepto adoptado por la conferencia de Berlín, «no hay soberanía sin ocupación ni explotación del territorio,» los derechos de España sobre las Carolinas resultan incontestables, y es casi seguro que Bismarck cederá. Esto es tanto más probable, dice el escritor francés, cuanto que una guerra europea no se concibe entre España y Alemania, separadas por un obstáculo protector que se llama Francia, y que desde el momento en que fuese necesario luchar, ya con tropas expedicionarias transportadas, ya con la marina, la Alemania perdería la ventaja abrumadora que le da sobre el continente su sistema militar, encontrándose cara á cara con una nación que, si bien mucho menos importante, puede disputarle el terreno con armas casi iguales, pues España es capaz de un esfuerzo marítimo, y aun de un esfuerzo financiero tan considerable como los de que sería capaz la misma Alemania. No sería el combate entre la ballena y el elefante, pero sí el de la ballena y el narval ó el del elefante y el tigre.»

CARLOS MALAGARRIGA.

TAYCOSAMA EMPERADOR

(EPISODIO HISTÓRICO)

Verdaderamente asombran las figuras de

aquellos ilustres navegantes y guerreros españoles de la Edad Media, que sin recursos de ningún género, sin más amparo ni protección que sus alientos de gigante y su corazón magnánimo, realizaban empresas para las que hoy sólo se encuentran hombres capaces habiendo dinero que derrochar á manos llenas.

Colón, Núñez de Balboa, Hernán Cortés y Pizarro en América, y en la Oceanía Magallanes, Elcano, Legaspi y Salcedo... vosotros, sombras ilustres, fuisteis caballeros andantes que tenían la patria por señora de sus ensueños y el patriotismo por lema de su escudo, la esperanza y la fe por sustento de sus hazañas, y... quizá el olvido por recompensa.

Mas creed que si os olvidamos consiste sólo en que hoy, cuando cedemos á otra nación *amiga* los derechos que vosotros nos legásteis, cuando renunciamos *generosamente* á ser dueños de tierras que regó vuestra sangre generosa, cuando con desaciertos sin tasa y una orrónnea política colonial, vamos lentamente perdiendo el fruto de vuestros nobles afanes, es... que nos da rubor, que nos avergüenza recordaros.

Ayer todo grandeza, hoy todo pequeñez; ayer arranques de valor heróico, hoy humildad, cuando no humillaciones; ayer carabelas y pataches, sin gente y sin provisiones, que paseaban airoso el pabellón hispano por todo el orbe; hoy acorazados cuya cifra de coste anonada y que de adorno servirán en nuestros puertos; ayer conquistas, hoy cesación de derechos; ayer hombres, hoy... menos que débiles mujeres, los descendientes de doña María de Molina, Isabel la Católica, María Pita, Agustina de Aragón y las heroínas del Dos de Mayo.

Los primeros tiempos de la dominación española en las islas Filipinas fueron un tejido inacabable de guerras y trabajos, que sólo aquellos hombres, tan de acero como su bruñida coraza, podían soportar digna y valientemente.

Por esto los nombres que citábamos son merecedores de eterna recordación, y junto á los de esos mártires de la patria, ha escrito la Historia con letras de oro indelebles, algunos otros no menos ilustres.

Los movimientos de los naturales, las expediciones piráticas de los chinos y sus rebeliones intencionadas, los portugueses con sus pretensiones de mejor derecho, y otras naciones envidiosas de tan valiosa conquista, ponían muy frecuentemente en grave aprieto á los gobernantes del antes archipiélago de San Lázaro.

Por aquel entonces sucedió algo, que se nos ocurre ahora recordar por ser página de patriotismo que nos honra y prueba palpable de lo que puede un hombre entero y digno, contra las absurdas é ilegales pretensiones de un soberano arbitrario y ganoso de poder y lucro.

Más de veinte años después de consolidada en parte la colonización española en las islas Filipinas (1590) hubo de caer sobre aquella hermosa tierra un tal Faranda Kingmong, aventurero japonés, que con refinada hipocresía y madurando ambiciosos proyectos, permaneció allí algún tiempo, aprendió el castellano y el tagalog malamente é hizo de las suyas, aunque al pronto parecieran ajenas.

Acordó Taycosama dejar encargado de *tan fácil* empresa (según sospechaba) al mismísimo Faranda, recomendándole mucho la brevedad y la economía, pues que estaba ganoso de hacerse dueño de las Filipinas cuanto antes y á poca costa de sacrificios, que fueran lujo innecesario.

Lo primero que se hizo fué enviar al gobernador de las Filipinas, Pérez Dasmariñas, un mensaje en el cual se le intimaba y conminaba para que prestase rendimiento y vasallaje al emperador japonés, y con él le acataran todos los españoles residentes en las islas y sus naturales sometidos.

Dasmariñas, que era un gallego muy va-

liente, muy leal y de gran prudencia, aunque no fuese *oficial general* al uso moderno, leyó el despacho con desprecio é indignación, pero contuvo su altivez y su ira al considerar cuán escasas eran sus fuerzas, é hizo de tripas prudencia ya que no corazón, porque éste le sobraba.

Consultado el caso con su grande amigo y compañero el jesuita P. Sedeño, primer superior que tuvo la Compañía de Jesús en aquellas islas, convinieron en dar la llamada por respuesta, y desentendiéndose de la pretensión de Taycosama, enviar una embajada al Japón, á fin de que el comercio naciente de las islas, no sufriera paralizaciones dolorosas y curar en lo posible asperezas tristes sin detrimento de la patria.

Difícil era la comisión y grandes aptitudes eran menester en el embajador que se enviara, por lo cual, después de madura deliberación, pensaron Dasmariñas y el P. Sedeño en elegir para su desempeño á dos hombres que ni hechos de encargo pudieran hallarse mejores.

Andaba en aquel entonces por Manila un ilustrado dominico, el P. Cobo, y un valiente capitán de infantería, López de Llanos, capaces de llevar á cabo la peliaguda empresa.

El primero era un carácter enérgico y sin flaquezas ni debilidades, tanto que en más de una ocasión puso en entredicho al mismo Dasmariñas, con toda su autoridad; y el segundo le hacían recomendable su lealtad acrisolada y el conocimiento, aunque poco, que tenía de la lengua japonesa, por lo cual fueron designados, aquel para desempeñar la embajada, y éste último para autorizarla con su presencia.

El 7 de Junio de 1592 salieron de Manila ambos embajadores, llevando por todo regalo y recomendación para captarse las simpatías del soberbio y vanidoso Taycosama dos hojas toledanas é igual pobre número de dagas; que bien pudieron haberse vuelto contra los que iban á arrojar las temibles iras del emperador japonés, deseoso de dominio y vasallaje, no de buenas palabras ni sutilezas políticas.

.

La cosa pecaba de seria y el negocio de arriesgado, por lo cual el capitán López de Llanos, más fuerte y entendido en dar cintarazos y recibirlos con valor que en misiones diplomáticas, delegó por completo en el padre Cobo, el cual, á su perspicacia y sagacidad, reunía una calma y una socarronería de lo más afiligranado que imaginarse pueda.

Llegaron nuestros embajadores felizmente á Nangasagui, y allí les recibió el taimado Faranda, que fué su guía hasta conducirles á Nangoya, residencia del emperador, donde de guía se trasformó en ministro del soberano, agente de negocios internacionales é intérprete de confianza de los embajadores.

Puestos el P. Cobo y el capitán Llanos ante la presencia del emperador, leyó aquel la carta del gobernador de Filipinas, que traía para el soberano japonés, y luego pronunció un habil discurso, en el cual ofrecía amistad y buenas relaciones al Japón, sin que en nombre de España renunciara á los derechos que tenía ésta adquiridos sobre la tierra filipina.

Oyó Faranda con gesto avinagrado, porque la entereza española venía á echar por tierra sus proyectos, mas quiso arreglarlo todo á su satisfacción, disimulando el disgusto que le causaran nuestros embajadores.

Para hacerlo así tradujo la carta de Dasmariñas y el discurso del P. Cobo, á su manera, diciendo que los españoles, penetrados de su poder y su grandeza, venían á ofrecerle rendimiento y vasallaje, creyéndose honrados con el título de súbditos de Emperador tan glorioso.

La cosa hubiera seguido bien y el engaño creciera, si el capitán López Llanos, apercibiéndose de la jugada, no la pusiera al punto, irritado, en conocimiento del buen P. Cobo, el cual sin perder su flema habitual, aunque rebotándole la indignación por todos los pliegues de su hábito holgadísimo, cortó el dis-

curso de Faranda con enérgicos ademanes y signos de protesta.

Preguntó extrañado Taycosama el por qué de aquellas manifestaciones, y repuso el padre Cobo (teniéndole ya que traducir fielmente Faranda, pues sabía que era entendido el japonés por los embajadores) que ellos, los españoles, no reconocían más soberano que el rey de las Españas Felipe II, y que, aunque allí murieran él y su compañero y en Manila todos sus leales defensores, jamás de labios hispanos saldrían palabras humillantes ni promesas de sumisión á poder extraño ni á monarca extranjero.

Fácil es de suponer el efecto que este discurso haría en Taycosama; sus labios contraidos y convulsos, dejaron de sonreír afables á los embajadores; trocose su color moreno en cárdeno y bilioso, y revolviendo los furiosos ojos en sus órbitas estrechas, hizo temblar de pavor á los altos funcionarios que le rodeaban, mientras Faranda buscaba mesa ó cortinaje aparente para su escondite, y el capitán Llanos acariciaba el puño de su tizona, creyendo llegado el instante de morir matando, que era lo menos que podía hacerse.

.

En aquel momento decisivo y en tan terrible situación sólo el P. Cobo conservó su calma y su buen humor constante, que vino á rayar en temeridad cuando, por esperar los acontecimientos á sangre fría, metió su mano derecha en el amplio bolsillo de su mangaizquierda, y sacando una descomunal caja de rapé, ofreció con la sonrisa más ingenua y natural, tabaco al emperador y á su compañero Llanos.

Este último sumergió los dedos en el polvillo aromático, y Taycosama, sin atinar el por qué de aquella que creyó rara ceremonia hispana, casi automáticamente hizo lo mismo, y sorbió con fuerte aspiración un buen pellizco de rapé.

Su sensible pituitaria no podía menos de extrañar aquel nuevo cosquilleo y malestar que se le ocasionaba, por lo que empezó Taycosama á gesticular horriblemente y empezaron á llorarle los ojos, todo lo cual vino á aumentar su furor y rabia, sin que un benéfico estornudo le curase del malestar que sentía.

Al verle manotear impetuoso y ponerse tan horriblemente desfigurado, se formó el vacío á su alrededor; se alejaron temerosos los cortesanos, y entonces el P. Cobo, bien templado y oportunísimo, avanzó hacia el soberano, cogió por ambas puntas en diagonal un gran pañuelo de hierbas, que á prevención llevaba, y frotó con él las chatas narices del emperador, que con esto salió de apuros en un tonante y estrepitoso estornudo.

Quizá fuera la debilidad en que la pasada lucha le dejara, ó quizá lo bien que el estornudar le sentó, es el caso que luego Taycosama dió las gracias afectuosamente al P. Cobo, y en vez de mandarle decapitar, como todos creían, por su insolencia, lejos de esto, le llamó amigo y le convidó á su mesa.

De la habilidad del embajador no hay que decir más sino que al día siguiente paseaba toda la capital agasajado por orden del emperador, comía en su mesa, y cuando se dispuso á regresar á Manila, á donde no llegó por su trágica muerte en el camino, había conseguido del intransigente Taycosama un decreto de buenas relaciones comerciales para con Filipinas en bien del país y de Acapulco, la promesa de ser amigo y aún aliado de los españoles y otras concesiones en favor de su religión y su patria.

.

Aquí debiera acabar nuestra narración, verídica en todos sus puntos, salvos adornos y ropajes de fantasía que las historias con su lacónismo nos niegan; pero antes de dar fin á ella transcribamos un diálogo que tuvo lugar (ó debió tener al menos) entre el P. Cobo y López Llanos cuando salían del palacio imperial, después de decir adiós á Taycosama y darle las gracias por sus agasajos.

Buena suerte ha tenido vuestra reverencia,

padre Cobo; suerte es menester para salir airoso de tan grande aprieto y falta á ese emperador japonés que nunca perdona.

—Que queréis, hermano Llanos, por sobre todas las majestades é imperios mundanos está el de Dios, y ese es el único que me humilla y nunca discutiré atrevido,

—Pero, confesadme, al menos, que fuistes osado... ¡Dar rapé al emperador!...

—Pues aquel no es nada comparado con éste, que le hará estornudar más á gusto.

Y al decir tal cosa, enseñaba á su compañero las cartas y decretos por los que se permitía de allí en adelante la práctica y el ejercicio de las misiones católicas en todo el Imperio.

En efecto, cuarenta años más tarde, estornudaban los japoneses, pero fué de mala manera, y el catálogo de mártires misioneros se aumentó considerablemente en las sangrientas hecatombes de 1635.

Porque, á buen seguro, no habrían tenido sus protagonistas y víctimas, ni la calma, ni el tacto, ni la sagacidad del P. Cobo, que nunca usó de indirectas antipatrióticas, ni anticristianas, aunque su apellido las abonara, pero que supo transigir oportuno, con lo cual se explica el éxito de cualquier embajada.

RFAEL DEL PAN.

SONETO

Si el jardín no tuviera gayas flores
Ni el cielo azul sus fulgidos luceros
Ni las aves sus cantos plañideros
Ni la aurora sus limpidos fulgores.
Si no tuviera el prado sus verdoros
Ni el lago cristalino reverberos
Ni la brisa murmullos placenteros
Ni la luna argentados resplandores:
¿Verdad, mi bien, que el mundo pareciera
Un desierto erial, mansión de muerte,
Antro de horror que al alma entristeciera?
Pues aun estando el mundo de tal suerte
Todo un edén ante mi vista fuera
Si á mi lado pudiera yo tenerle.

R. ORTIZ Y BENEYTO

LOCOS Y TONTOS

No pretendo, escribe Jules Clarette, discutir con los alienistas, y por lo tanto dejo á un lado la ciencia.

Pero á los ojos del mundo cualquier hombre que tenga en el cerebro un grano de originalidad, puede pasar por loco. Lo es Balzac, porque pasa las noches conversando con los personajes creados por su fantasía. El artista que por esfuerzo cerebral crea una obra, es casi un loco.

Un inglés, el doctor Tucker, ha demostrado la prodigiosa influencia que ejerce el espíritu sobre el cuerpo. Es evidente que el arte toca en ciertos momentos en las fronteras de la locura. Tucker á fin de sentir la emoción del terror para poder expresarla en la escena sustituyó el brillante coliseo lleno de distinguido público por una sala ocupada enteramente por esqueletos. Y aquellos cráneos vacíos, que remplazaban para él los hermosos semblantes de las mujeres, le causaban el terror que comunicaba luego á su papel. Era como una especie de alucinación voluntaria: casi una locura.

Dickens, cuando escribía sus novelas, *oía hablar* á sus personajes. Las palabras que escribía en el papel percibíalas distintamente pronunciadas por los mismos héroes que hacia surgir. Alucinación del oído: locura casi.

¡Bellas locuras, afortunadamente!

La de M. Hipólito de Sancéa no participaba de esa poesía. Que un hombre guarde billetes de Banco en un escondrijo ó haga enterrar su perra predilecta bajo el piso de un comedor, mande construir capillas con subterráneos y torres redondas sin puertas, puede probar todo esto que es un avaro, un ente original ó un

deplorable arquitecto, pero no significa que sea un loco.

¡Cuántas personas tratan de locura á la originalidad! Para ellas el mundo debiera ser llano, vulgar y monótono, y las manifestaciones de las fantasías considerarse como enfermedad. ¡La excentricidad! Pero señores, si es la sal de la vida. No sé quien ha dicho, y ha dicho bien: «Prefiere los locos á los tontos» Que me condenen á acabar mis días entre excéntricos y no me quejaré, pero me horripilan los imbéciles.

¡Pobre M. de Sanzea! ¡Considerarle loco porque siendo millonario cultivaba con sus manos su propiedad, con un solo criado, y paseaba el arado por los campos! Pero no hay duda que tal género de ejercicio gimnástico nada de malo tiene, sino todo lo contrario, y á la gimnasia del arado debe quizá el no haber muerto hasta la edad de ochenta y cuatro años en su castillo de Monteile. La locura del cultivo, la manía de la tierra y de la labranza, aconsejaria de buena gana á muchos. Nadie es capaz de inducirme á creer que el millonario que se levanta á las doce de la mañana, se acuesta al amanecer, pasa la noche en el juego, y pasa su vida entre los placeres, sea un cuerdo, y que tenga deserlo precisamente este viejo labrador que cultiva la tierra por gusto.

Sí, es cierto; M. de Sanzea ha gastado lo menos 600.000 francos haciendo obras.

Existe la borrachera del yeso, como existe del ajeno la embriaguez.

Pero esa locura que mantiene á innumerables familias de obreros, que se lleva una parte de la fortuna de un millonario para transformarla en jornales destinados á los pobres, esa locura activa que tienen muchas personas cuerdisimas, no es de las que merecen condenarse, y por la tanto no veo en M. de Sanzea más que un excéntrico, un original, pero en modo alguno un loco.

En mi concepto, el loco endiablado de don Quijote, cuya escuálida silueta se dibuja en el mundo seguida de su lanza, es el más cuerdo de los seres, porque desdeña la realidad, que no es siempre la dicha, por el ideal, que puede ser de color de rosa, y la esperanza que tiene siempre el color de la primavera.

Es muy posible que los originales—¿y por qué no los locos?—sean poetas en acción que se han hecho un mundo para ellos y han creado un universo para su uso particular, lo cual explica la sonrisa de desdén con que acogen á los humildes mortales que vivimos continuamente con el mundo.

M. de Sanzea fué feliz sin duda y poco debe importarle que vengan los herederos á turbar su reposo.

TU Y YO

(IMITACION DE BECKER)

Yo soy la nave que surca el piélago
llevada á impulsos del aquilón;
tu eres el norte, tu eres el puerto
que busco yo.

Yo soy un cuerpo que cruza el mundo
entre tinieblas de aspero túl,
soy un autómatá, soy la materia
mi alma eres tú.

Yo soy el triste desheredado,
que en llanto amargo baña el dolor;
tú eres la dicha que en mi quebranto
espero yo.

Yo soy el ave lejos del nido,
á quien la noche robó la luz
y llama al día con triste queja;
mi alba eres tú

¡Tu eres mi norte, tu eres mi alma,
tú eres mi dicha, mi hermoso sol;
tú, por quien late mi pecho amante;
tu esclavo yo!...

R. ORTIZ Y BENEYTO

LA LEYENDA DE SAN ROQUE

La Iglesia católica celebra hoy la fiesta de este santo con las solemnidades de costumbre. Enciende sus cirios, adorna sus altares y encarga á sus vocingleras campanas que, con su acento de metal, entonen el himno de alabanza en honor del pobre peregrino. Hace muchos días, desde que se inició en España la epidemia, las gentes piadosas le rezan diariamente, sin esperar á que el Calendario les imponga la plegaria como una obligación ineludible.

Porque, ya lo sabéis, San Roque es abogado de la peste, y, por extensión, del cólera, enfermedad que no se conocía en Europa en la época en que vivía el santo, pero que, á haber sido conocida entonces, hubiera atraído también la protección del virtuoso hijo de Montpellier.

En el número infinito de santos, cuyos nombres registran los archivos católicos, hay unos cuantos, pocos en número, pero los más grandes en virtudes, cuya santidad consagra el pueblo antes ó después de ser consagrada por la Iglesia. Aún no había sido declarado santo el patrón de Madrid, y ya el pueblo le admitía como tal, le rezaba con devoción, celebraba sus milagros, y narraba los hechos maravillosos de su vida. Estos, escogidos entre los escogidos del Señor, son los únicos que poseen, á más de un altar en los templos, un altar en los corazones. Mientras los demás sólo obtienen las oraciones que la Iglesia les dedica, y los devotos repiten con fervor, pero sin conmoverse: estos cuantos reciben sus más íntimas confidencias, y á ellos acude el pueblo en sus dolores para pedirles que los hagan cesar, en sus alegrías para darles gracias, porque les atribuyen á su influencia. Ellos son los invocados junto á la cuna en que duerme risueño el primer hijo, y junto al lecho de dolor en que yace la madre moribunda.

Un rasgo característico de estos últimos es que todos ellos son héroes de narraciones maravillosas en que, naturalmente, representan el primer papel, y en las cuales se ve á los seres inferiores, á las cosas inanimadas, á las fuerzas mismas de la naturaleza, obedecerles y servirles, siendo reveladores de su potencia milagrosa. Y es, que así como la Iglesia consagra los santos otorgándoles un culto, el pueblo los consagra haciéndoles una leyenda. De esta manera se ha formado ese libro precioso, tesoro de poesías, inagotable manantial de sentimiento, que se llama la *Leyenda dorada*, y cuyas hojas pasa el incrédulo con la misma atención, ya que no con fe, de los creyentes.

Como todos los santos populares, San Roque que tiene también su leyenda, una leyenda maravillosa á que hoy prestan especial interés las circunstancias por que atravesamos. Es sencilla, ingenua, como el varón cuyos méritos enaltece y á cuya gloria está dedicada. Nos trasporta á épocas que guardan alguna conexión con la presente, nos ofrece un ejemplo digno de imitar, tiene lo que hoy llaman algunos calor de humanidad, ese calor, cuya ausencia se nota hoy desgraciadamente en tantos hogares por los cuales ha pasado la epidemia.

Es una fecha tristísima que la historia escribió con lágrimas en su libro. La peste desolaba Italia. Por todas partes veíase el mismo espectáculo: rotos por el terror los lazos que unen las familias; rebajados los vínculos del cariño; los sanos se apartaban de los enfermos, dejándolos abandonados á su suerte; los padres huían de sus hijos; los maridos de sus mujeres; los hermanos de sus hermanos. En las casas transformadas en hospitales, faltos de asistencia, revueltos muchas veces en desordenado montón, los enfermos se retorcián demandando un auxilio que no llegaba. Hacínados en las calles ó á lo largo de los caminos los cadáveres, infestaban el aire con los miasmas de su descomposición, y allí estaban aguardando inútilmente á que una caridad, que no existía, volviese al polvo lo que del

polvo había salido. El egoísmo feroz, cruel, inhumano, reinaba en todas partes, acudía á todos los pueblos, á todas las ciudades, precediendo á la epidemia, y haciendo más males y causando más víctimas que la peste.

Entonces, en el seno de aquella noche tenebrosa, cuyas nieblas no rompe un rayo de caridad cristiana, ni un relámpago de fe, aparece un hombre imbuido del espíritu evangélico. Este hombre va de un lado para otro; cuida al atacado, ayuda á bien morir al moribundo, entierra á los muertos, mitiga los padecimientos de los cuerpos, eleva el sentimiento de las almas, vuelve la fe al que dudaba, torna en bendición amorosa lo que aparecía en los labios como maldición blasfema; habla de un Dios misericordioso y justo, de una fe santa, da la esperanza, predica la caridad.

Y con su predicación hace milagros. Muchos que sin él hubieran muerto, recobran pronto la salud; muchos á quienes por muertos hacínaban ya para enterrarlos, son cuidados por él, y la vida, pronta ya á escapar, vuelve rendida por el cariñoso halago, y otra vez da latidos al corazón, fuego á la mirada, sangre á las venas, fuerza á los miembros entumecidos, ánimos al espíritu opacado. Resurrecciones llama el pueblo á estas cosas, y lo son. Pero no resurrecciones del cuerpo, materia al fin deleznable y consagrada á la muerte desde el instante de su nacimiento, sino resurrecciones del alma, que es algo más que una red de nervios y células; renacimiento milagroso de un sentimiento de humanidad que se extinguía.

..

Este hombre era un peregrino. Rico, y dueño de su persona, abandonó su rango en el mundo, su puesto en la sociedad, y se dedicó á cuidar pestíferos, enteramente consagrado á su misión de caridad.

En ella le sorprendió la peste. La enfermedad con quien sostuvo tantas luchas, y á la que arrebató tantas víctimas, le hirió por fin. Como todos los bienhechores de la humanidad, recibió de ésta el pago que otorga siempre á los que por ella se sacrifican. Fué expulsado del pueblo en que se sintió atacado, y arrastrándose llegó á una gruta que había en mitad del campo, y allí se dejó caer rendido. La sed le devoraba, extendió las manos y se abrió la roca, y una corriente de agua cristalina vino á calmar el fuego de la fiebre que consumía sus carnes.

Pero no, todo el mundo fué injusto con él. Allá, en tiempos lejanos, había salvado la vida á un perro que encontró huido en su camino, y el perro desde entonces se había hecho su acompañante. En aquellas circunstancias, cuando los hombres se apartaban de él, el animal no le abandonó. Y aquí coloca la leyenda un episodio tiernísimo. Diariamente el dueño de un castillo cercano veía que un perro saltaba por la ventana, cogía un pan de encima de la mesa y desaparecía llevándolo entre los dientes. Un día le hizo seguir por su mayordomo, y siguiéndole llegaron á la gruta en que San Roque convalecía ya de su enfermedad. El pobre animal mantenía así á su amo. Por eso veréis al santo representado siempre en compañía de un perro.

Repuesto ya el santo volvió á su patria; pero tomado por espía fué encerrado en un calabozo, y en él murió cinco años después.

Cuando murió, la santidad de Roque se reveló á todos por medio de prodigios. Los que entraron en el calabozo hallaron al santo tendido, iluminado por una luz inefable, y cerca de él una tablilla, en que el ángel había escrito en nombre de Dios: Los que en sus tribulaciones invoquen á mi siervo Roque, se verán libres de la peste.

Tal es la leyenda de San Roque; como he dicho antes, es ingenua, sencilla, pero tiene calor de humanidad, y su consideración es oportuna hoy, que, con motivo del cólera, el egoísmo se revela potente, hoy que todos nos

preguntamos dónde está ese espíritu de caridad que es propio del hombre, y sin el cual no pueden subsistir las sociedades.

Fundado en esa leyenda que los padres cuentan á sus hijos en el fondo del hogar durante las largas noches del invierno, inclinados sobre su lecho cuando llaman el sueño sobre sus ojos, las gentes invocan á San Roque como abogado contra la peste, y le dirigen sus más fervientes oraciones.

Hoy los devotos sacarán su imagen en procesión. Si la hallamos en nuestro camino, aun nosotros, los que no tenemos fe, descubramonos con respeto. San Roque no es sólo un escogido de Dios, sino un hombre. Y si ser santo es mucho, ser humano es más todavía.

L. GINER ARIVAU.

SONETO

Me seduce al nacer rosada aurora
Y el trinar de los pardos ruiseñores,
Me seducen los mágicos colores
De la guirnalda que se ciñe flora.
Me seduce de fuente bullidora
El raudal de cambiantes brilladores
Y los arroyos mil murmuradores
Y el arbol que la campiña dora.
El verde prado y la gigante roca,
Del sol poniente los destellos rojos
En fin... cuanto al cantar el astro invoca,
Pero, seduce más á mis antojos
Una sonrisa de tu dulce boca
Y una mirada de tus negros ojos.

R. ORTIZ Y BENEYTO

LAS BACTERIAS

I

La existencia del cólera morbo-asiático en distintos puntos de Europa y Norte de Africa y últimamente en Europa, ha sido causa de que las observaciones y trabajos de microbiología se aumenten en todos los países, dando como resultado un adelanto notable en esta rama tan importante de las ciencias naturales. La noticia de un nuevo procedimiento de vacunación anticolérica, debido á nuestro compatriota el doctor J. Ferrán, ha conmovido profundamente al mundo científico y á la opinión pública, aumentando por consiguiente el interés de tales estudios. Como sucede siempre en casos análogos, las observaciones del doctor Ferrán han encontrado ardientes defensores por un lado, mientras que por otro se han puesto en duda, y su procedimiento de vacunación se ha considerado como desprovisto de verdadera base científica y de eficacia. De esta divergencia de opiniones ha nacido un apasionado debate, que ha de arrojar seguramente nueva luz sobre la cuestión tan controvertida de la inmunidad para las enfermedades epidémicas producidas por microorganismos. El descubrimiento del doctor Ferrán se halla hoy en el periodo de controversia; su aprobación pende de los estudios que en estos momentos llevan á cabo gran número de sabios de todos los países de Europa; no ha llegado, por tanto, el momento oportuno de resolver la cuestión. Sin embargo, el conocimiento de los fenómenos vitales de las bacterias hasta hoy estudiadas, hará comprender con mayor claridad, por analogía, lo que puede haber de cierto ó de dudoso en el procedimiento preservativo del médico tortosino. Sólo éstas son mis aspiraciones al escribir el presente artículo.

Los fenómenos vitales más esenciales de las bacterias en nada se diferencian de los que presentan los restantes seres orgánicos. Aquella pequeñísima masa de sustancia viva, que á veces no alcanza la longitud de 0,0008 mm., está animada de un movimiento molecular intenso, por el que las partículas que la constituyen son usadas y reemplazadas por otras

tomadas á los medios que la rodean. Estos cambios originan combinaciones químicas muy variadas, que dan como resultando una porción de fenómenos en extremo curiosos é instructivos. De aquí la separación de las distintas especies de bacterias en grupos, atendiendo á las modificaciones que su presencia causa en estos medios, donde tiene lugar su desarrollo y desenvolvimiento. Unas son conocidas con la denominación de *sépticas*, porque sólo se encuentran donde hay sustancias orgánicas en putrefacción, otras con la *zymógenas*, como originadoras de combinaciones químicas particulares en el seno de los líquidos donde viven; un tercer grupo *chromógenas*, porque ocasionan cambios de coloración, y por último, otras que se llaman *patógenas* ú originadoras de graves trastornos en la economía de los seres superiores cuando se desarrollan en gran número, trastornos que pueden ejercer aun en el hombre mismo una acción fatal.

Esta división de las bacterias no es natural en modo alguno, y con facilidad se encontrarán ejemplos de géneros enteros entre los *zymógenas*, que en circunstancias especiales son *chromógenas* y vice-versa; acaeciendo una cosa análoga con las *patógenas* que con frecuencia pueden ser estudiadas como *sépticas*. Mas á pesar de tales defectos, la claridad que resulta para el estudio de los fenómenos vitales de estos microorganismos, teniendo en cuenta la formación de los grupos dichos compensa con ventajas su falta de naturalidad; y esto es ante todo lo que más nos interesa por el momento.

Los efectos producidos por las bacterias sépticas, en los compuestos orgánicos en putrefacción, fueron los primeramente conocidos y estudiados. Ya desde el siglo pasado empezó á llamar la atención de los hombres de ciencia la circunstancia de que los cadáveres, colocados en determinadas circunstancias de que los cadáveres, colocados en determinadas circunstancias, se desecaban reduciéndose en tamaño pero sin perder la forma, se modificaban, pero sin experimentar esa serie de violentas transformaciones químicas, cuyo conjunto constituye la llamada putrefacción, y que tiene siempre que aquellos permanecen en contacto con el aire libre y con la humedad. Más tarde se descubrieron en esas sustancias en putrefacción, infinidad de bacterias. Pero la falta de conocimientos en esta materia, hizo que ni se sospechase siquiera la relación que existe entre la presencia de estos microorganismos y los cambios químicos que se verifican en los medios donde viven. Hoy se sabe, gracias á los trabajos de Spallanzani, del conde Appert, y sobre todo, de Pasteur, que la presencia de las bacterias, no es sólo concomitante de la putrefacción, sino que es la causa. La putrefacción no es, pues, sino un conjunto de fenómenos químicos correlativos á acciones fisiológicas de una naturaleza especial, como dice Claus.

Ahora bien; ya que sabemos son las bacterias los agentes inconscientes de la putrefacción, ¿podremos saber la acción íntima que estos organismos ejercen sobre las sustancias orgánicas muertas, para determinar composiciones y descomposiciones tan enérgicas? ¿Sabemos los fenómenos que su presencia origina en estas sustancias, para que se descompongan en los elementos primordiales que las originaron? Hasta hace pocos años no se ha respondido afirmativamente á estas cuestiones. Hoy se conocen con relativa exactitud las manifestaciones fisiológicas de las bacterias, para que de ellas se pueda sacar la explicación de los hechos arriba enunciados. Estos pequeños seres necesitan para su nutrición, para reparar las pérdidas continuas que el protoplasma que los forma experimente por consecuencia de su actividad vital, de ciertos elementos, sin los cuales la vida no es posible. Estos elementos son oxígeno, carbono, azoe, fósforo, potasio, sodio, que asimilan para formar parte de su propia sustancia, tomándolos de los medios que les rodean. El primero los toman las bacterias sépticas, del aire, los restantes de los

compuestos orgánicos, en el seno de los cuales vive. Es de este modo, quitando algunas moléculas de azoe á los principios inmediatos nitrogenados, como ocasionan el desdoblamiento de estos en otros compuestos químicos más sencillos. Es así, por el mismo procedimiento, como reducen los hidrocarburos, los fosfatos, las sales de potasa y de sosa para tomar las partículas que les son necesarias, dejando las restantes combinarse entre sí, con arreglo á las leyes que rigen las afinidades de la materia inorgánica.

Como resultado de todos estos cambios y descomposiciones aparecen, mientras dura la putrefacción de las sustancias orgánicas nuevos compuestos, que, sucediéndose unos á otros, van marcando los distintos grados de descomposición, hasta llegar á la disociación completa de todos aquellos elementos que las fuerzas vitales habían mantenido unidos. La química orgánica ha probado cómo durante la putrefacción, los compuestos nitrogenados se transforman paulatinamente en peptonas solubles, cómo estas peptonas se desdoblán en leucina y en tirosina, cómo éstas á su vez producen numerosos compuestos binarios mucho más sencillos, término último de las infinitas transformaciones que preceden á la desaparición de las sustancias orgánicas.

Mas no son estos los únicos cambios que las bacterias producen en el seno de los líquidos donde viven, ni los únicos compuestos químicos que su presencia origina en ellos. Verificando el doctor Selmi, de Italia, un análisis de las sustancias contenidas en los tejidos de un cadáver, con un fin puramente médico legal, halló en ellos algunos alcaloides, que por sus reacciones especiales no podían asimilarse á ninguno de los hasta entonces conocidos. Posteriormente al desubrimiento del médico italiano citado, se han hallado esos alcaloides, que recibieron el nombre de ptomanias, en todos los cuerpos orgánicos en putrefacción. Su composición química aún no es bien conocida; pero si se sabe, ó por lo menos se supone con gran fundamento, que son los productos de secreción de las bacterias, las sustancias desprendidas del cuerpo de estos pequeños seres, como resultado de su actividad vital, y que se van acumulando poco á poco, allí donde tiene lugar el desarrollo de estos organismos.

II

Los fenómenos biológicos de las bacterias *chromógenas*, son menos conocidos que los de las bacterias de los demás grupos. Los efectos producidos por la vida de estos seres, en los distintos medios donde tiene lugar su desarrollo, se traducen siempre por cambios de coloración más ó menos intensos en estos medios. Las coloraciones producidas, distintas según las especies, se deben á la presencia de una sustancia colorante, segregada por el microorganismo. Esta sustancia especial se acumula algunas veces en tal cantidad, que puede producir coloraciones muy intensas en masas de líquidos ó sólidos de gran extensión. En las regiones septentrionales de Europa se han visto en algunas ocasiones superficies de varias leguas cuadradas cubiertas de nieve enteramente roja, coloración debida á la existencia de inmensurable número de bacterias.

Las aguas de ciertos lagos suelen también observarse teñidas de colores diferentes; fenómenos que reconocen la misma causa que el anterior. La coloración amarilla que suele presentar la leche, la verdosa de las carnes en descomposición y algunas otras son producidas por bacterias *chromógenas*.

El curioso estudio de las bacterias *zymógenas* ha dado resultados sorprendentes, haciendo entrar gran número de fenómenos químicos, que antes se creían inexplicables dentro de las leyes generales que rigen la combinación de los cuerpos. Propongámonos, para comprender mejor la acción de estos organismos, observar lo que sucederá en un líquido que contenga disuelta cierta cantidad de azucar, cerveza por ejemplo, abandonado unos cuantos días y en contacto con el aire.

Al cabo de poco tiempo se verá que el líquido pierde su transparencia, como consecuencia del número considerable de bacterias que allí se desarrollan, numerosas burbujas de gas se desprenderán de su masa y vendrán a estallar en su superficie, indicando los cambios químicos que en su seno tienen lugar. Pasados algunos días, las burbujas cesarán de desprenderse, el líquido recobrará otra vez su transparencia habitual y en el fondo del vaso aparecerá un sedimento blanquecino, formado por las bacterias muertas. ¿Qué ha sucedido allí? ¿Qué cambios se han verificado mientras ha durado la vida de las bacterias? La química orgánica, analizando el líquido en experimentación, en sus distintas fases de cambio, ha dado la explicación completa.

El azúcar contenido en la cerveza, ha ido disminuyendo paulatinamente á medida que se desarrollaban las bacterias, produciéndose al mismo tiempo una cierta cantidad de alcohol y de ácido carbónico; de glicerina, de ácido succínico que antes no había en el líquido. Descompuesto todo el azúcar de esta manera, faltan las bacterias de un compuesto á quien puedan tomar el oxígeno que les hace falta para vivir, como lo hacen con aquella, transformándola en alcohol, óxido carbónico; etc., mueren: la fermentación de la cerveza ha concluido.

Todos los casos de fermentaciones están basados en las mismas causas. El microorganismo propio á cada líquido fermentescible, pues conviene observar que cada especie se desenvuelve sólo en un líquido determinado, descompone los compuestos orgánicos que en él se encuentran, para tomar los elementos necesarios á su vida, produciendo esa serie de cambios que constituyen lo que vulgarmente se llama fermentación.

Estos cambios son muy variados, como fácilmente se comprenderá, y aún han de aumentar en número á medida que adelanten estos estudios. Así, el alcohol es transformado por la presencia de una bacteria especial en ácido acético, según Pasteur; un *bacillus* estudiado por Fitz, transforma el almidón, la dextrina ó el azúcar en ácido butírico; en la orina, la úrea es convertida también en carbonato de amoníaco y es bien sabido que la bacteria de la leche, produce por oxidación, la transformación del azúcar contenido en este líquido, en ácidos láctico y carbónico que precipitando la caseína da lugar á que la leche se corte. Como se ve, aunque los resultados son muy distintos, la acción que las bacterias *sépticas* y las *zymógenas* ejercen sobre los medios que las rodean, es muy semejante.

Los líquidos orgánicos de los animales superiores, pueden contener bacterias de distintas especies, como ha demostrado el análisis microscópico. Si estas bacterias pertenecen al grupo de las llamadas *patógenas*, el organismo no tardará en sentir las consecuencias de tan temibles microparásitos, sobreviniendo desórdenes más ó menos acentuados en la economía de aquel ser, que terminarán en muchos casos con la muerte. Las enfermedades que en el hombre ó en los animales son producidas por microorganismos forman ya una lista numerosa. El antrax, la tuberculosis, la peste de los puercos, la erisipela, el cólera, etc., son sin género de duda, producidos por bacterias. Para demostrarlo se han hecho experimentos que han conducido á los resultados siguientes: 1.º Que todo animal atacado de la enfermedad contiene en partes determinadas el microbio específico; 2.º Que este microbio purificado por culturas artificiales sucesivas de todo virus clínico hipotético, é inoculado en un animal sujeto á la misma enfermedad, se la comunica; 3.º Que todo animal así contagiado, contiene el microbio en las mismas partes que el primero.

Para comprender ahora cómo estos microbios *patógenos* pueden originar la enfermedad, bastara con recordar lo que va dicho con respecto á las bacterias *sépticas* y *zymógenas*, y tener presente que los fenómenos vitales de todas ellas son idénticos.

El microbio, como una consecuencia de su vida, altera la composición química de los li-

quidos donde viva (sangre, linfa, jugos diversos, etc.), y esta alteración en la composición química anormal de dichos líquidos, origina la enfermedad. Algunos autores opinan en contra de esto, que la enfermedad es causa por un efecto puramente *mecánico*, que el microbio produce cuando, desarrollándose en gran proporción, obstruye los capilares sanguíneos, dando origen á embolias que son causa del trastorno. El doctor Kleni ha probado lo equivocado de esta idea, que hoy cuenta con escaso número de partidarios.

Un hecho de los más importantes, bajo el punto de vista médico, consiste en la inmunidad que los tejidos de ciertos animales tienen para ciertas especies de microbios. Así, el *bacillus* que produce la peste de los puercos, puede vivir en los conejos, pero no se desarrolla absolutamente en los pájaros, en los carnívoros, ni en el hombre; el *bacillus* del antrax, introducido en el cuerpo del hombre ó de un animal herbívoro, puede multiplicarse y producir el atrax, mientras que entre los carnívoros, no produce ningún efecto. La explicación de esto se ha buscado en las pequeñas diferencias químicas que indudablemente existen entre los tejidos de unos y otros animales.

El punto más importante de la cuestión consiste, una vez averiguado que la enfermedad es producida por una alteración química, en saber cómo se produce ésta.

Para unos, el microorganismo elabora un fermento especial que después de acumularse hasta llegar á una cierta proporción, produce modificaciones patológicas particulares. Para otros no sucede esto, sino que como dice Kleni, se puede suponer que los efectos químicos son producidos por la presencia y el desenvolvimiento de los microorganismos de la misma manera que en la fermentación alcohólica del azúcar, al alcohol que resulta es debido á la presencia de los *saccharomyces*, y no segregado por el *saccharomyces* mismo.

III Y ÚLTIMO

Veamos ahora, conocidas ya, aunque ligeramente, los principales fenómenos fisiológicos de las bacterias, cómo pueden explicarse algunos hechos que se observan en los animales sujetos á enfermedades por ellas producidas, sobre todos las referentes á la *inmunidad* y á la *vacunación*. He indicado ya que ciertas especies de estos pequeños organismos encuentran en los tejidos de determinados animales superiores, las condiciones necesarias para su desarrollo y multiplicación, y que, cuando esto sucede, ese animal superior está sujeto á la enfermedad producida por el microorganismo; pero que si no encuentran en los tejidos donde han sido transportados ciertos elementos, su multiplicación se detendrá, y en este caso la enfermedad no se producirá. He dicho también que esto se explica por la composición química de los tejidos, distinta según las diferentes especies; por la acción de algún compuesto químico existente en el tejido que influye unas veces favorablemente, otras de una manera opuesta al desarrollo del microparásito. Además de esto, las diferencias físicas de los distintos tejidos influyen, sin género ninguno de duda, de una manera análoga, si bien con menos frecuencia.

Se ve, por tanto, que la inmunidad estriba en las propiedades físicas ó químicas de los tejidos de los animales superiores, á expensas de los cuales viven ciertas bacterias. Pero todos los casos de inmunidad no pueden explicarse de la misma manera. Un animal que haya padecido una enfermedad micro-parasitaria queda inmune durante un tiempo mayor ó menor para contraer la misma enfermedad. ¿Cómo los tejidos, en este caso, ofrecen primero condiciones al desarrollo del microbio, y una vez terminada la enfermedad éstas faltaban? Dos teorías responden a esta pregunta: una, llamada *Teoría del agotamiento*; otra, *Teoría del antídoto*.

Por la primera de estas dos teorías se supone que durante la enfermedad el microorganismo consume una sustancia especial que se encuentra en los medios donde vive y se des-

arrolla, sustancia indispensable á su vida y que, una vez consumida, la bacteria muere. Si el organismo superior es incapaz de producir nuevamente la sustancia agotada, quedará inmune para la enfermedad específica que padeció; si este organismo, por el contrario, puede reproducir la sustancia aludida, la inmunidad sólo durará el tiempo necesario para la nueva producción de ésta.

Según la *Teoría del antídoto*, las bacterias patógenas producen una verdadera secreción que, acumulándose poco á poco en los líquidos orgánicos ó en los tejidos del animal enfermo, se concentran hasta el punto de resultar un veneno activo para el mismo ser que los ha producido, y que, por consecuencia, muere. Esta teoría tiene en su apoyo numerosos hechos de observación que demuestran ser verdad el que le sirve de base; es decir, que los productos de secreción de las bacterias, acumulados en cierta cantidad en los medios donde éstas viven, obran como un veneno que empieza por detener su multiplicación y termina ocasionando su muerte. De una manera análoga á como se explica por la *Teoría del agotamiento* el período de inmunidad, se explica este mismo en la *del antídoto*. Si el organismo que sufre el ataque y queda inmune, por la acumulación en su sangre, linfa, etc., del virus dicho, lo elimina con facilidad, pronto se encontrará en disposición de contraer nuevamente la enfermedad. Si, por el contrario, la eliminación de aquel tarda en verificarse, el período de inmunidad será mayor.

También podrá suceder que el virus no sea una secreción del organismo patógeno, sino un compuesto químico resultante de la acción de éste sobre las sustancias que le rodean, á las que toma muchas veces algún elemento para asimilarse, dejando los restantes combinarse entre sí de maneras variadas. Esto es lo que sucede cuando fermenta la cerveza, que he puesto como el ejemplo para hacer comprender la acción de las bacterias *zymógenas*, si bien dicha fermentación no es debida á una verdadera bacteria. En este caso, el alcohol que resulta no es debido al organismo que obra como fermento, sino á la transformación del azúcar, por sustracción de algunos átomos de oxígeno que se asimila aquel.

Podrá extrañar á muchos que un ser tan pequeño pueda producir por estos medios trastornos de tal gravedad en organismos superiores. Mas se ha de tener en cuenta: primero, su extraordinario poder de reproducción, hasta el punto de que Chon ha calculado que una sola bacteria puede originar en veinticuatro horas seis millones y medio de bacterias, y que al cabo de una semana su descendencia estará representada por un número de cincuenta cifras; y segundo, que la limitación natural de los líquidos del organismo favorece la concentración de los virus producidos y su acción perniciosa sobre toda la economía.

En estos conocimientos está fundada la *Teoría de la vacunación*. Si, como es lo más probable, hay determinadas sustancias que impiden el desarrollo del organismo patógeno, procurando que los líquidos orgánicos y los tejidos de un animal superior, contengan dichas sustancias en cantidad suficiente, se impedirá el desarrollo del microparásito en este animal, se le hará inmune para aquella enfermedad; estará *vacunado*.

Teniendo presentes los hechos arriba expuestos, se comprenderá por qué la vacuna necesita un cierto período de incubación para producir la inmunidad; porque ésta dura un tiempo mayor ó menor, según la especie de vacuna ó según la especie de animal vacunado; porque hay en ciertos casos individuos refractarios á la vacunación ó en los que ésta produce efectos anormales y contrarios; porque, en fin, son tan contradictorios, algunas veces, los resultados obtenidos por tal ó cual método empleado.

A pesar de esto, los estudios hasta hoy verificados en esta rama de la medicina van dando resultados satisfactorios; la terapéutica de estas enfermedades infecciosas adelanta cada día con paso lento, pero seguro; los hechos de

observación, llevados á la práctica por un criterio verdaderamente científico, van produciendo notables adelantos en la ciencia de curar, y es de creer que, siguiendo la marcha emprendida, pueda el hombre verse libre de esas terribles epidemias producidas por micro-parásitos, que tantas víctimas van produciendo. De estas enfermedades, una como la viruela, el carbunco, el cólera de las gallinas y alguna más, han sido detenidas en sus extragos por los estudios del hombre de ciencia, otras lo serán en breve. Entre las primeras debe contarse ya el temido cólera morbo-asiático, si el procedimiento del doctor Ferrán se confirma, como parece. En este caso, la gloria de nuestro compatriota será doble, puesto que habrá librado al hombre de uno de sus más temidos males, elevando el nombre de España á gran altura y habrá contribuido, por las controversias y estudios que ha originado su descubrimiento, á sacar tal vez á nuestra patria del estado de apatía y decaimiento en que se encuentra para todo lo que se refiere á ciencias de observación, haciéndola entrar en el camino que siguen las naciones cultas.

J. G.

SÍ Y NO

¡Bendiga Dios tus labios! dije un día
que me dijiste, sí,
porque en ellos, un cielo de ventura
en mi delirio ví.

Porque si ahora escucho de tus labios
lleno de pena un no,
no me atrevo á decir, pues que me matan,
¡que los maldiga Dios!...

R. ORTIZ Y BENEYTO

BLANCA

Su rubia cabellera, que en dos trenzas bajaba por sus espaldas, despedía un aurífero brillo producido por los rayos solares; su cabeza inclinada, sus ojos fijos en la rosa que su diminuta mano sostenía, sentada bajo la frondosa acacia y sobre la verde alfombra de aquel jardín, parecía el emblema de la pureza, la significación del amor.

Su naciente seno, se levantaba á impulsos de su desigual respiración, y la palidez de sus mejillas demostraban, sino falta de salud, acaso exceso de deseos que no comprendía, pero de los que sin embargo se hallaba saturado su joven corazón.

Blanca, la cinta que sujetaba su dorada madeja, blanca, la que unía en sus extremos sus luengas crenchas, blanco su vestido, blancos sus diminutos zapatos; aún más blanco su alabastrino rostro, su lindo cuello, su preciosa mano.

¿En qué pensaba? ¿Qué llenaba su imaginación de tal manera, que más bien que una niña de quince años, parecía estatua de mármol colocada en aquel sitio, para embellecer el jardín?

El joven cazador de las montañas, el que perseguía á las perdices en sus nidos, el que sin piedad quitaba los tiernos polluelos á sus desesperadas madres, el que pasaba la velada á su lado, ya oyendo los alegres acordes de la sencilla jota, ó entonando sentidas endechas, de las que sin querer haciale héroe, aquel, cuya voz al relatar antiguos romances, hacía aparecer el color en sus pálidas mejillas, era su pensamiento. ¿por qué? No lo sabía.

Blanca tenía pena, un dolor agudo que no se explicaba, que no conocía, y que sin embargo, le hacían verter lágrimas, que recogidas por los pétalos de la rosa, simulaban gotas de rocío.

¡Ay! El cazador, había puesto sus labios sobre los de Blanca, y el fuego que en ellos existiera, lo comunicó á la pobre niña.

El tiempo pasaba, el cazador debía partir, y Blanca lloraba: ¿por qué? No lo sabía.

¡Pobre Blanca! Dos meses después, las campanas del pueblo, con su lúgubre tañido, indicaban que un ser había dejado de existir.

Blanca era cinta que sujetaba su dorada madeja, blanca, la que unía en sus extremos sus luengas crenchas, blanco su vestido, blancos sus diminutos zapatos, blanco su fúnebre lecho, aún más blanco su alabastrino rostro, su lindo cuello, su preciosa mano.

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

Á PILAR

Encantadora Pilar,
Criatura misteriosa,
De mujer hecha una diosa
Por el que sabe crear.

Y á fin que completa sea
Tu divina perfección
Responde tu corazón
De Dios á la sacra idea.

Perdona si es que te escribo
Y mal distraigo tu mente
seas conmigo indulgente,
Pues con tu espíritu vivo.

Y no creas que te miento
Ni siquiera en una letra;
Por completo compenetra
El tuyo mi pensamiento.

Y todo cuanto imagines
Con tu bello idealizar
No me podrás ocultar
Por muy mucho que maquines.

Parece oscuro el asunto,
Y el fenómeno muy raro
Y voy á ponerle en claro
Siguiendo punto tras punto.

La filosofía trata
Con su seco laconismo
Del tremendo panteísmo
Que el barro convierte en plata.

Y si quieres, por más señas,
Conocerle, es tan osado,
Que al mismo Dios ha intentado
Confundirle con las peñas.

Y como ahora es de moda
Y mucho su imperio priva,
Hizo á tu alma fugitiva,
Y hacia mí se vino toda.

Y cuenta que al escribir
Estas líneas, quien me inspira
Es tu alma, que suspira
Cuanto te quiere decir.

Y como en el panteísmo
Es todo una misma cosa,
Tu vida, mujer preciosa,
Es la vida de mí mismo.

En evolución constante
De la sustancia de Dios,
Somos lo mismo los dos
En todo tiempo é instante.

Mas hay que tener en cuenta
Que aun así y todo se ama,
Siendo del amor la llama
Más fuerte y más violenta.

¿Y cómo no? Tu hermosura,
Sin segunda aquí en la tierra,
Al mismo Dios hace guerra,
Eso que no es criatura.

Y á más, si fuera mortal
A tanto le obligaría,
Que, ¡quién sabe! caería
Por tu gracia sin igual.

No hay en el mundo un lenguaje
Propio de dulces amores,
Ni aun los mismos ruiseñores
Le dan su propio ropaje.

Pero siquiera en lo humano,
Aunque sea un desvarío,
Recibe este canto mio
Que trascribo en castellano.

Y antes habré de advertir,
Si algún ministro galante
Te promete amor constante...
no te lo quiero decir.

Por tí mi lira con sentidos ayes
Del viento llena la región vacía,
Ayes que acaso conmovier pudiera
Hasta las rocas.

Obra maestra del pincel divino
Brilla en tu frente el esplendor del cielo,
Cuya riqueza al contemplar el alma,
Tímida tiembla.

Quiso con fulgentes ojos,
Y al punto el modo se ofreció á su ciencia:
Coger dos perlas y las más brillantes
De su corona.

Melífluos ecos tu garganta ofrece;
¿Y aún no he escuchado tan sublimes ritmos?
O soy indigno aun de mirar tu sombra,
Gentil palmera?

Por donde quiera que mi vista torne,
Allí tu imagen refulgente alcanzo,
Ya descendiendo entre la lumbre vívida
De alguna estrella.

Ya en el ropaje de verdor brillante
Con que se viste la alameda umbría,
O en lo movable de las limpias aguas
De nuestros lagos.

Mujer dichosa, de belleza suma,
Traida al mundo para eterna pena
De quien admire la beldad divina,
Tuyo es mi acento.
BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.
Madrid 14 de Agosto de 1885.

UNA VICTIMA

¡Ah! Si las lágrimas de los desheredados de la suerte cayeran en las copas de Champagne con que se brinda en la orgía social, cuán amargo sabría á los comensales, y cómo se trocarían en suspiros las lividinosas carcajadas con que el mundo que goza, solemniza su festín, para ahogar el eco de los sollozos, con que el mundo que sufre da más horrido aspecto á su orgía de hambre.

¡Ah! Si se cristalizaran esos líquidos pedazos del alma que en candentes gotas se destila sin cesar por las pupilas que el insomnio desgarrara para patentizar el movimiento continuo del dolor, y con brillantes facetas al mercado social se presentaran, ¡qué mezquinos fueran los brillantes con que se adorna con grosero alarde de esplendor esa superficie de tan hermosa apariencia como cenagoso fondo!

¡Ah! Si el código del honor, todo lo que es de parcial y de despótico y de arbitrario, de noble y de recto y de imparcial lo fuera, cuanto de consuelo hallaría quien hoy sufre y quien ahora goza, cuánto de sufrimiento!

Pero no, la demencia humana es necesaria para la vida de la sociedad, y preciso es rendir culto á el absurdo, toda vez que la lógica andubo torpe y llegar no pudo tan pronto al pináculo.

El destino, ese estúpido dispensador de bienes y males, que en su miopía da sin saber á quién ni cómo os señaló un elevado puesto en esa escalera por el gran hombre de Nazaret prescripta; pues gozad, gozad y poned á vuestros oídos el algodón del desprecio, para que no os distraigan un momento los lamentos de los otros, y los otros, vosotros que ocupáis desde que el claustro materno abandonasteis, por vuestro mal con vida, las gradas últimas; sufrid, llorad, retorced en las convulsiones de la desesperación, arrancaos del pecho ese corazón sometido á inquisitoriales torturas, maldecid, blasfemar, pero en silencio, que vuestra voz no salga de esos antros miserables en que debéis consumir vuestra existencia, no lleguen nunca vuestros estúpidos lamentos á los artesanos salones donde se entronizó el placer, callad, nada importa al mundo de la dicha del mundo del dolor.

¡No es moral, rebasar los límites de la conveniencia, de la cortesía hasta de las trabas

que debe ponerse á la pluma? Sí. Pues no importa, es una pluma independiente, honrada, que no tiene por qué afrentarse de servir para escribir billetes cuanto más perfumados y con más excesos de retórica, más miserables, ni para deslizarse en la hoja de papel mensajero del infeliz que pide una limosna.

Es libre, sí, y por eso no se detiene ante obstáculos, y morirá escribiendo:

¡Sociedad sin pudor, maldita seas!...

Llamémosla... María, nada importa su verdadero nombre, y aun cuando la heroína de nuestro relato, así no se llame, lector habrá sin duda, que al deslizar su vista en estas páginas, hallará en esta *victima* el retrato de alguna María que él conociera.

¡Hay tantas desgraciadas!

María nació en el seno de una familia honrada y de noble apellido.

Su educación, por consiguiente, fue esmerada, y entre el bienestar, la solicitud de sus amantes padres y el cariño que sus nobles cualidades conquistarán en el corazón de sus deudos, llegó á la edad de los encantos, de las ilusiones, del amor, á esa edad en que la demencia corre un velo por los ojos de la juventud, que marchando animosa por los floridos cármenes creados por la fantasía, suele encontrar el vacío ante sus plantas para hallar en su vertiginosa carrera el precipicio entre cuyas rocas deja al despeñarse, jirones hecha la alba vestidura de sus sueños candorosos.

¡Pobre María!

Ella fué una de esas despeñadas, ella, empujada por la fatalidad, vió roto el cristal de su pureza, vió ante sí el abismo oscuro, vió á la sociedad á su lado, quiso arrojarle en sus brazos buscando salvación, y la sociedad retrocedió con fingido alarde pudoroso, y María cayó en el cenagoso pantano de la deshonra y cuando más esfuerzos hacía para salir de aquel antro que envenenaba su alma, escuchó horrorizada la satánica risa de ese Meístófeles que oculta sus miserias con el torpe pseudónimo de humanidad...

¡Pobre María!

En el mismo jardín y hasta del mismo tallo nacen dos flores y al cariñoso beso de la aurora sus corolas descojen con las tintas igual, el mismo aroma y la misma corona de rocío.

Con idéntico amor el cefirillo las presta sus caricias y ellas igual imprimen en sus ondas el perfume.

La mano de la virgen que á elegir una de ellas al tallo en que se mecen se acercara, dudaría entre las dos para la preferencia.

Mas... espera...

En aquella más alta, la que altiva corona el arbolillo, se pára una pintada mariposa.

Apenas si parece que la hiere, pero liba la miel de su cáliz.

En la otra más baja, la que modesta se oculta entre las ramas, se desliza un gusano.

El asqueroso insecto la mancha con su baba.

Eligo, elige. ¡Ah! eliges la primera... ¡cruel! y al tender tu mano para alcanzarla has oprimido bajo tu airada planta á la segunda, y no te lastima verla dehojada, dices que estaba manchada... ¡Ah, cruel!

¿Acaso es culpa suya?

¡Por qué en vez de tratarla tan sin piedad no diste muerte al reptil inmundo que empañó su pureza?

¡Cruel!

Impura está también la que elegistes y prendes en tu seno, la voluble mariposa que te ve tan alegre, vuela de flor en flor por halagarte; el gusano, enemigo de las flores, sigue preparándote víctimas que sacrificar; todos gozáis, menos la pobre víctima.

¡Pobre flor!...

¡Pobre María!

Sintió el latido del amor primero tomar vida en su vida y toda el alma presa de adoración la consagró al cariño.

Era María esbelta y era hermosa, y en sus ojos, negros, grandes, magnéticos, se pintaba

un alma apasionada, de esas almas capaces de llegar hasta la meta del frenesí más santo ó del más depravado impulso, pero llegar sin miedo, sin fatiga.

Era María uno de esos seres que todo corazón juzgan al mundo incapaz del dolo y la falsía que incapaces de ejercer el oficio miserable de verdugo, creen que no pueden llegar nunca á ser víctimas.

María, por ese instinto confidente de la mujer que en su mudo lenguaje las hace interesantes revelaciones á través del azogado cristal, sabía que su fisonomía no tenía nada de vulgar ni de repulsiva; más aún estaba persuadida de que el conjunto de sus facciones eran suficiente incentivo para atraer el cariño de un hombre.

Y empezó el terrible albur.

Y María fué la flor que nació entre las ramas, la que se vió manchada por el gusano miserable.

¿Sentía Luis un cariño santo al deslizar frases de amor y protestas de fidelidad en el corazón de María?

Quizá sí.

Tal vez, cuando llamaba en el alma aún dormida de María, soñó envolverla en el claro nimbo de un amor purísimo, un culto consagrado, y con ella elevarse al paraíso.

No lo dudamos, no; Luis era noble; mejor dicho, Luis era un niño, sin voluntad, sin conciencia; tenía la fatalidad del autómata, Luis hubiera adorado á María si no hubiera tenido una fuerza mayor que la suya, escasa por desgracia, que le hiciera emprender otro derrotero.

Luis, pues, vió correspondido su cariño con el cariño vehemente de María.

Luis era individuo de una familia nada despreciable por su abolengo; pero compuesta de individuos sin corazón, sin sentimientos nobles.

Vieron esta reciprocidad de dulces afectos con absoluta indiferencia, bien que nada importaba el porvenir oscuro ó halagüeño de aquel ser á quien sólo se cuidaba del goce del presente.

Y ambos jóvenes, entregados á los trasportes de su cariño, marchaban inconscientes... ella sí; él quizá á la fatalidad del deshonor... para ella sí; para él no, porque la sociedad pisotea la flor manchada, y deja libre al gusano que la llenó de impureza.

Y llegó un día en que María miró llena de espanto alzarse ante sus ojos el espectro helado del desdoro, y dió un grito de horror y bañaron sus mejillas lágrimas candentes, y ahogaron su pecho suspiros angustiosos; vaciló, iba á caer, pero ¡ah! encontró á su lado al hombre que vertió en su corazón la cicuta del dolor, y le encontró solícito, todavía amante, aun noble.

María fué, y la juzgamos como severos jueces, débil, torpe guardadora de su honra, suicida de su alma; pero él, Luis, Luis fué el ladrón de aquella virtud, el asesino de aquel espíritu.

Si después de mirar contrita, arrepentida, llorando amargamente su debilidad, á la mujer que fué blanco de la desgracia, perdonándola porque el perdón es santo, nos dijera la sociedad:

«Esa mujer debe seguir este camino», y marcara un sendero lógico, noble y digno á la víctima; pero sin despreciarla, que ese camino se encontrara fuera del mundo social, entonces le concederíamos el derecho de acusación, de repulsión y hasta de ensañamiento para aquel que se sometiera á su redención.

Pero mientras la sociedad sea inexorable, entretanto que lleve su crueldad al extremo de la eterna maldición, mientras ponga nuevos obstáculos á la marcha de una existencia á quien hizo caer en las redes que le tendió, no podremos, no, aplaudir á la sociedad, la despreciaremos, y aun cuando ella nos desprecie, aceptando la lucha, será nuestro lema de guerra, al presentarnos en el palenque como mantenedores de la razón.

¡Sociedad sin pudor, maldita seas!

Deshonrada María por aquel hombre que merced á la astucia, á la falsía y á las promesas de cumplir como bueno, llegó á dominar en absoluto su corazón vehemente, lloró, pidió amparo y como lo lógico, lo natural, la inmediata consecuencia en un corazón honrado, en un alma grande, es llevar la calma á quien por nuestra causa sufre y jurar y no ser perjuro; luego María, que juzgó siempre noble á Luis, María, que por tener las pupilas anegadas en lágrimas, ver no podía con claridad la falaz intención que empezaba á surgir en el alma miserable de Luis, María, en fin, creyó á Luis, cuando con voz apasionada la dijo:

«No, alma mía, no; esa desesperación que te tortura, desaparezca ya; se agita en tu ser mi propia vida y unido estoy á ti tanto, cual si la bendición de Dios descendido hubiera sobre nosotros; sí, nada te importe la acusación social, si yo soy el fautor de tu deshonra, si el anatema social para la mujer desdichada tiende á alejar de su lado á los hombres que intenten prestarle su amparo, no llores, no, que yo en ley de conciencia, debo consagrarte mi vida toda, y mi vida toda es, María, para ti.»

En aquel período fatal en que María á pesar de su dulce esperanza, lloraba mucho en sus horribles horas de soledad, porque á pesar de querer narcotizar su alma con las ilusiones, siempre iba á torturar su espíritu la duda cruel María vió marchitarse las fragantes flores de sus juveniles encantos, vió alejarse una á una las hermosas visiones de sus esperanzas de felicidad, y vió en la frialdad del víctima de mil amargas decepciones, la realidad de la existencia.

Pero... ¿qué hacer?

Era repudiada por la sociedad, era acusada cruelmente por la familia; sólo Luis tenía para ella frases de cariño, y aun cuando María dudaba de la sinceridad de aquellas frases, las aceptaba como una dulce mentira.

¡Siempre humillada ante el ladrón de su pureza, siempre pidiéndole una limosna de justificación, un apellido que cubriera la mancha del suyo; siempre llorando y encontrando siempre la fría indiferencia, el malvado desvío de aquel hombre más frío y más malvado...!

Y qué ¿es acaso María la manceba de Luis...?

No. ¡María es la esclava de un pirata social, atada con la cadena de la fatalidad...!

La maternidad es la más sublime de las aureolas que circundan á la mujer; la madre enseña al mundo, loca de orgullo, al fruto de su amor; pero ¡ay! que la maternidad también es la mayor de las afrentas que sobre la mujer caen, y entonces la madre, oculta en su regazo al inocente pedazo de sus entrañas, porque en el padrón de su ingreso en este mundo, lleva como antema la palabra ¡natural...!

María se vió madre así, y si fué más de una vez madre, no fué la viciosa reincidente, sino la víctima que espera, espera y cree que su esperanza al fin ha de ser realidad, y como sólo Luis la ofrecía redimirla, no quería, no podía, no debía oponerle su voluntad que hubiera sido alejarle para siempre.

Por eso duplicó su deshonra, por eso sufrió la miseria, el desvío, el dolor moral en todas sus manifestaciones, el dolor físico en todas sus fases, porque el perverso Luis no contento con torturar aquella alma, se dió más tarde á maltratar aquel cuerpo.

Una vida de crápula y vicio llevó á Luis aún en edad juvenil al lecho mortuorio, y si allí, viendo su porvenir en ultratumba y su pasado envuelto en crespones de dolo, quiso redimir su conciencia y purificar su alma con la legitimación de aquella unión carnal, para hacer criaturas admisibles en la sociedad á sus hijos, hasta allí fué la fatalidad de María á impedirlo, personificada en la cruel familia del moribundo.

Luis murió, María... María también quedó muerta, pululando entre la sociedad que la desprecia, que no averigua las causas que la impulsaron á su caída y que la retubieron en el antro de su deshonra para maldecir á los verdaderos culpables.

¡Para qué!... La sociedad goza, la importa poco que María se retuerza en las convulsiones de la desesperación; la sociedad desde los artesonados salones en que se entronizó el placer, lanza su sarcástica carcaja y no oye á María que en su rabia la grita:

—¡Sociedad sin pudor, maldita seas!...

R. URTIZ Y BENEYTO

¡NO ME QUIERO MORIR!

MONÓLOGO

Á LA BELLA SEÑORITA
DOÑA JULIA FERNÁNDEZ BAQUERIZAS.

Jardín; á la derecha, fachada de un palacio, frontis de una choza á la izquierda; en el fondo, el templo de la gloria.

Al correrse el telón aparece reclinada la artista en un banco, va quedando dormida, suenan los acordes de una melodía que se extingue; á su lado aparece un espectro.

(Soñando).

¡Oh! Me da miedo, ¡me espanta!...

¡Oprime mi corazón,
esa terrible visión
que á mi lado se levanta!..
¡Su paso tardo é incierto,
se figura jadeante,
su mirada penetrante
y su palidez de muerto!..
¡Piedad!.. ¡llega!.. ¡compasión!..
¡Es la muerte fraticida!..
¡Favor!.. no ves que la vida
palpita en mi corazón!..

(Poniéndose de pie y en actitud suplicante).

¿No contemplas los albores
de mi dulce primavera?
¿No ves que va mi carrera
por una alfombra de flores?..
¿No miras que los ojos
aun no surcaron mi frente,
que aun es altiva y potente
la mirada de mis ojos?..
¿Que no sé lo que es dolor,
que no aprendí á padecer,
ni á definir el placer
ni á analizar el amor!..
¡Déjame, mira el quebranto,
con que amargas mi existencia,
despierten en tí, clemencia,
los raudales de mi llanto;
déjame andar el camino
que por el mundo emprendí...)

(Queda como escuchando la voz del espectro.

¡Esa voz!... ¿Quién eres, di!
¡responde pronto!... ¿El destino?..
si tú la parca no eres,
y esto la zozobra calma
que torturaba mi alma,
de mí, Destino, ¿qué quieres?

Momento de pausa, parece escuchar, y dice los siguientes versos como repitiendo lo que oyó al destino.

¿Que he de estar unida á tí?
¿Que tú has de trazar mi sino?..
¿Que en el mundanal camino
no te apartarás de mí?..
¿Que eres compañero eterno
de mis días, y mi historia?..
¿Que irás conmigo á la gloria,
ó irás conmigo al infierno!..
¿Que eres á mí, lo que son
al cerebro el pensamiento,
y la tortura al lamento,
y el latido al corazón!..
¿Que en la existencia se trunca
todo; que veré afligida
huir á quien me dió la vida,
mientras tú no te irás nunca!..
¿Es decir, que la jornada
que debo en el mundo hacer,
la tengo que recorrer
sólo de tí acompañada?..
¿Que nos une un lazo fuerte
que sólo romper podría,
por dejar tu compañía
yéndome á la de la muerte?..
Guíame, pues, ya pavor
no me inspira tu semblante,
sé tú de hoy en adelante
mi cariñoso mentor.

(Transición; toma un ademán confiado).

Escúchame; aquí escondido (el pecho)
late, lleno de ilusión,
indómito corazón
que sueña en cada latido,
una existencia de amores,

la inmensidad del placer,
que anhela el mundo correr
aunque halle en él sinsabores.

Ambiciosa, gigantea,
miserable ó infinita,
en mi cerebro se agita
infatigable la idea;
que sólo aspira alcanzar
lo que no sé definir,
no sé dónde intenta ir,
ni sé si podrá llegar.

Cifra el corazón su anhelo
en lo que este mundo encierra;
la idea, en cambio, se aferra
por elevarse hasta el cielo.

Ahora tú, por compasión,
dime, tu respuesta invoca:
¿cuál de los dos es más loco,
la idea, ó el corazón?..
¿Dices que los dos? ¡No entiendo!
¿Que los debo sujetar?..
¡Ha tiempo que dominar
sus desvarios pretendo!..

Pero ella ambicionando
y él, víctima del deseo,
siempre discordes les veo
mi juventud marchitando!
Late un día el corazón,
y el torrente que le agita
se inflama con la bendita
llama de intensa pasión,
y cuando más se recrea
en mundos de poesía,
más se le presenta, fría,
é indiferente la idea.

Ella, en pos de un ideal
tiende su indomable vuelo,
pasa orgullosa del suelo
á la región celestial;
y cuando más la ilusión
la eleva, ve á su despecho
en el abismo del pecho
que se duerme el corazón.

Por eso quiero saber,
pues me tortura el dudar,
á cual debo rechazar,
á cuál de los dos creer!..
¡Ah! sí, dices que á exponerme
vas, de la vida azorosa
los senderos; qué dichosa
buen Destino, vas á hacerme.
Dilo pronto, por favor,
sepa yo cuál emprender
para alcanzar el placer
y apartarme del dolor.

(Señalando el palacio donde se oye leve música).

¿Aquel? cerca está, en un vuelo...
el camino es de alegría,
que se oye una melodía
y con música no hay duelo...

(Se acerca, mira al interior. En el curso de las relaciones siguientes, la artista finge ver las diferentes fases de la existencia por los senderos que la marca el Destino).

¡Un palacio!.. Deslumbran á mis ojos
tanto esplendor y lujo y luz y flores...

¡Cuánto apuesto doncel y cuánta dama!..
sus rostros la fatiga puso rojos,
el piano, que de ecos vibradores
un torrente derrama,
parece que les llama
á danzas de locuras y de amores.

¡Cuánto deben gozar!... ¿Verdad, Destino?..
¿Qué no es ese el placer?... Pues que lo sea,
juzgo al ver sus semblantes!..
¿Que va en esos instantes
el corazón unido con la idea?..
Entonces, ¡tú estás loco,
es un placer inmenso, sin segundo,
es lo que yo, desde que cruzo el mundo
para calmar mi afán, constante invoco!...

¿Qué los vuelva á mirar?... ¡Oh, santo cielo,
qué mujer tan hermosa!...

¡Gentil como Raquel, con la belleza
de un ensueño, de amor brilla la rosa
en sus tersas megillas y en sus labios,
es su aliento la brisa de la fronda;
su mirada, del sol el rayo ardiente,
y en su cuello, de perlas de Golconda,
en hilos engarzados va un torrente!
Ellos deslizan en su oído frases
llenas de amor, sonríen y la miran;
ellas, como envidiosas,
por no verse eclipsadas se retiran.

Es de todos los hombres admirada,
estrechar quieren todos su cintura.
¡Qué feliz debe ser esa criatura!..
¿Que es la más desgraciada?..
Por Dios, que ó yo estoy loca
ó no sale palabra de tu boca

que no sea un solemne desatino.

¿Pues que no ves, Destino,
el nimbo de placer que la circunda?
¿No adviertes en sus labios y en sus ojos
el placer que la inunda?...

¡Te ries!... ¿que la mire?

¿Que la contemple ahora?

¿Qué es eso?... ¿ella es la misma?... ¿por qué llora?

Preciso es que la agobie amarga pena;
las rosas de sus labios y megillas
se trocaron en lívida azucena...

Sus miradas de amor se han apagado
de lágrimas de duelo en el torrente...
¿que tortura su ser ha envenenado?...

¡Dice, infeliz, que siente
el corazón herido!

Que consagró un latido
á la pasión mentida de un villano
que se hizo dueño de su vida toda,
y en su delirio insano,
de una torpe locura en el exceso,
lanzándose en sus brazos

su desdicha ha sellado con un beso!
¡Que la robó su honor, y que el malvado,
dejándola en la red del vicio presa,
su miserable hazaña ha divulgado!...

¡Oh, qué infeliz mujer!... Destino, cesa...
¿Que mire más? ¡Dios mío!

¡A aquel lado, el recinto de la muerte;
un ataúd, y en él, el cuerpo inerte
de la mujer aquella,
aún en los brazos de la muerte bella!

Los cantos funerales
suenan y no se escucha ni un sollozo,
el féretro á la fosa, todo acaba,
y aquel que cuando el baile deslizaba
frases de amor, de amor todo mentira,
indiferente hacia la tumba mira
y se aleja con misero alborozo.

¡Ya ni un sólo recuerdo
la guardan los de ayer admiradores!..
¡Oh, qué suerte tan triste y dolorosa!..
Exhala el pecho su postrer latido,
y no se oye vibrar sobre la fosa
el eco cariñoso de un gemido!...

¡No quedan de las flores, que de alfombra
sirvieron á su pie, ligero y breve,
ni pétalos, ni aromas, ni colores,
y como el soplo alevé
del cierzo arranca á las marchitas flores
la belleza, arrojándola en el lodo,
así de esa mujer ha muerto todo!...

¡Ah! No quiero, Destino,
seguir ese camino
donde la vida acaba tan deprisa,
por un placer hipócrita embriagada;
en donde al llanto oculta la sonrisa,
y en donde al sucumbir no queda nada.

Muéstrame otro camino;
no imagines que quiero
todo el placer gastar en una orgía;
deja ese mundo preso en su locura,
yo no quiero esa vida de amargura,
aunque me la disfracen de alegría!...

(Se aleja, vuelve al lado del espectro y se dirige á la choza).

¡Por allí?... ¡Pobre contraste
forma el altivo palacio
con la miserable choza
donde diriges mis pasos!..
Una anciana, en cuyos ojos
ya casi el fuego apagado,
brilla el placer inefable
entre oleadas de llanto.

Una mujer que, á la aurora
y á las flores, ha robado
tintas y arreból, y tiñe
con ellos megillas y labios;
y un hombre joven, robusto,
en cuya frente marcado
lleva el sello del honor,
cuyos atléticos brazos
son lazo de amor, y son
dogal que produce espanto.

Hoy unió sus existencias
un juramento sagrado,
hoy ven ya de sus amores
los anhelos consumados...
Esos seres... no es posible
que tengan días amargos...
¿Que sí dices?... ¿Y qué causa
puede su dicha robarlos?

Ella es hermosa y es buena;
él es bueno y es honrado,
y esa anciana, que de lágrimas
de amor, inunda sus párpados,
complemento de su dicha
será, por ellos velando.

¡Cabe más grande ventura!..
¿Me haces mirar otro cuadro?...

¡Ah! sí; es la desposada;
 duerme en su dulce regazo
 un ángel ¡qué hermoso niño!...
 Mas... ¡qué cruel!... ¡ha arrancado
 la graciosa lozanía
 de aquellas flores de Mayo!
 ¡Dejó pálida y tan triste
 á quien de su ser le ha dado
 para nutrirse, la sangre
 que coloraba sus labios!..f.
 Mas llora, sí; de sus ojos
 se va el raudal derramando,
 de su acongojado pecho
 los suspiros escapados,
 claro dicen que su alma
 presa es de amargo quebranto.
 ¡Lo comprendo!... ¡La miseria
 tendió su frío sudario
 sobre ese hogar! ¡Pobres seres!...
 ¡Pobres víctimas del hado!...
 Allí está la noble anciana,
 en su rostro demacrado
 se ven las huellas del hambre
 y las huellas del quebranto!
 ¡Y el esposo?... ¡ay!... el esposo
 corre el mundo desolado,
 pidiendo un trozo de pan
 para los objetos caros
 de un corazón, y tiende
 su mano al mundo insensato,
 y oye murmurar al mundo
 un... ¡Dios le socorra, hermano! .
 que es lo que suele al hambriento
 dar siempre pródigo el harto
 ¡No más, Destino, no quiero
 ver tan tétrico espectáculo,
 que mi corazón se oprime!...
 ¡Aún queda más? ¡No ha acabado
 la desdicha en esa casa?...
 ¡Ah! No, es verdad; el insano
 rigor no quiso cederle
 á la bienandanza el campo.
 ¡Pobre mujer!... á la muerte
 rindió infeliz sus encantos!...
 Fué preciso que la calma
 fuese á buscar al helado
 campo de la muerte; el hombre
 que con ella partió el tálamo
 apenas si la recuerda.
 ¡Qué apenas!... ¡Ya la ha olvidado,
 como que otro juramento
 está á nuevo amor prestando!...
 ¡El hijo!... El hijo, ni aun piensa,
 porque al fin es hijo ingrato,
 en aquella que su alma
 le dió á fuerza de besarlo.
 Sólo la infeliz anciana
 llora y reza sin descanso,
 que es madre, y dolor de madre,
 es eterno y es amargo!...
 ¡Qué será cuando la pobre
 también sucumba?... ¡Acabaron
 los recuerdos á la muerte!
 Es decir, que ha terminado
 una existencia preciosa,
 sin que de ella quede rastro.
 No, no, Destino; no quiero
 por ese camino árido
 seguir, vi en él algún goce;
 pero ¡ay! en cambio, vi tantos
 sinsabores, y por fin,
 en compensación del llanto,
 viene la muerte, y en pos
 el olvido... ¡Cuán aciago
 final!... Dime otro sendero
 que dé al fin por mí soñado.

Fija mi vista en el fordo, al templo de la gloria.
 ¡Aquel? ¡Lejos está, por vida mía!...
 ¡Y hay que llegar á entrar en aquel templo,
 que de corona sirve al alto monte
 y de columna en que descansa el cielo?
 ¿Cómo llegar allí? Mi débil planta
 fatigada, mi pecho sin aliento,
 han de desfallecer antes que pueda
 recorrer la mitad de ese sendero.
 ¡Dices que allí se llega, cuando el alma
 de fe y ardor, nobleza y sentimiento
 se embriaga; que es larga la jornada
 y que sólo acortarla puede el genio?
 ¿Que los que allí subieron, inmortales,
 llenos de gloria y de renombre fueron?
 ¿Que tras la vida que en la fosa acaba,
 otra vida más grande hubieron ellos?...
 ¡Pues quiero allí marchar; dime, Destino,
 cómo más pronto iré. ¡frunces el ceño?
 ¿Quieres vedarme acaso que á tan noble
 aspiración, cabida de en mi pecho?...
 ¡Miro!.. Se desvanece la neblina,

ya percibo más claro, ya les veo,
 Todos presentan a mi vista un libro
 escrito en caracteres de oro y fuego.
 ¿Que lea?... Sus historias veo escritas...
 ¡Abnegación!.. ¡Trabajo!.. ¡Sufrimientos!
 ¡Aquel fué de su edad escarnecido!..
 ¡Aquel, de hambre y de miseria, al término
 llegó de la jornada; el otro, en una pira
 salvó su fama y consumió su cuerpo!..
 ¡Uno que de la ciencia en los altares
 se vió ultrajado por su siglo necio!
 ¡Quien que nuevo Jehová dió vida al mármol,
 quien que su inspiración grabó en el lienzo!..
 ¡Aquel, aprisionó de la natura,
 las dulces armonías y conciertos;
 ese, que habla el lenguaje de las almas
 con sus ruinas de amor en dulces versos;
 y este que consumió su vida toda,
 del teatro en el áspero sendero
 prestando á costa de la suya, vida
 á las creaciones mágicas del genio!..
 ¡Todos cñieron á su sien laureles!..
 ¡Todos la fama á su destino unieron!
 En todos ellos traspasó la idea
 los límites estrechos del cerebro,
 lanzándose al espacio de la gloria
 indómita y potente como el viento;
 y el corazón en todos, sus latidos
 de la idea, el afán, repercutieron,
 les inspiró valor, sufrió sus cuitas,
 latió incesante, se mostró altanero,
 quiso ser mártir sin cuidarse en nada
 de los mundanos torpes devaneos!
 Mas ¡ay! que los laureles que á su frente
 tejidos en coronas se cñieron
 regados fueron antes con sus lágrimas,
 oreados con suspiros de sus pechos;
 y mientras que del mundo á las orgías
 las sociedades todas se rindieron,
 narcotizando el corazón y el alma
 de torpes é incestuosos sentimientos:
 ellos, en cambio, á solas deshojando
 la flor paradisíaca del talento,
 lucharon contra el vicio y la ignorancia,
 al vicio y la ignorancia al fin venciendo.
 A ellos debe la ciencia su grandeza,
 á ellos deben las artes sus progresos,
 su redención el mundo, hasta que brillen
 más potentes los astros de los cielos.
 La hermosa libertad hirió sus almas,
 fortaleció su ser y les dió alientos,
 y Pindaro al laud toca inspirado
 y arranca dulces y sonoros ecos;
 Y agita Apeles su pincel divino,
 y efluvios de su alma presta al lienzo;
 Fidias, mira elevarse entre arreboles
 de gloria, las auroras de su estro.
 Bibran por el espacio puras notas
 de laud oriental, cantos de Homero!..
 ¡La hermosa libertad!.. la que hizo á Grecia
 esplendoroso sol del universo,
 y que después llevó su poderío
 hasta los muros del romano imperio!
 ¡La hermosa libertad, que el santo mártir,
 clavado de la cruz en el colero,
 hizo surgir, emancipando al orbe
 de vil y de afrentoso cautiverio,
 y acompañó en Judea y Palestina
 á la madre amantísima del Verbo:
 la que nutrió con su preciosa sabía
 la vida de espartacos y pompeyos!..
 Aquella libertad que al paganismo,
 con sus dioses arrastra por el suelo;
 que rompe un día los potentes muros
 del infausto, romano coliseo,
 donde el César cruel y sus lictores,
 matronas sin pudor, bárbaro pueblo,
 ávidos miran á la hermosa vírgen
 entre las garras del chacal hambriento,
 que entusiasmo á los bárbaros, chupando
 sangre cristiana, en el nevado seno;
 y al influjo potente de su brazo
 hace temblar el circo, y el vil pueblo,
 y hunde la arcada que cobija al César,
 las varas de los lictores rompiendo,
 y titán de la gloria hace á los muros
 rodar y desgajarse en sus cimientos!..
 ¡Aquella libertad!.. ¡aquella idea
 que iluminan los vívidos destellos
 que parten de la cruz, sol del calvario;
 á todos animó, todos sintieron!..
 Y si es verdad que cual los otros hombres,
 hizo la tumba presa de sus cuerpos;
 si es verdad que su polvo confundido
 se viera al de un malvado ó al de un necio,
 no importa nada, si por fin sus nombres
 como el alma inmortales, ven impresos,
 en el sagrado libro de la historia,
 cual rutilantes soles de sus pueblos!..
 Vuélvese y se dirige al Destino.

Aquel es mi ideal; allí, Destino
 quiero llegar, más pronto, ¿Por qué advierto
 otra vez en tu rostro los enojos?
 ¿Por qué cubre tu faz, tinte siniestro?..
 ¡Ah! Sí, tienes razón, es necesario
 que de mi aspiración se temple el fuego,
 es preciso que tenga calma, y sufra,
 las mismas penas que sufrieron ellos;
 es necesario que se nutra el alma!
 Pues bien, ayúdame, no me acelero,
 pero no nos domine la apatía
 y aquí perdamos tan precioso tiempo.
 ¿Que hay que sufrir...? ¡Suframos en buen hora!
 ¿Que hay que luchar...? Pues á luchar volemos!
 ¿Que hay que regar con lágrimas la planta
 del laurel, que después nos ceñiremos...?
 ¡Pues á raudales viertan nuestros ojos
 un rocío tan noble y tan benéfico...!
 ¿Qué importa un hoy de penas y torturas
 ante un mañana de placer inmenso,
 que, del mundo, la torpe carcajada
 que sólo tiene fugitivos ecos...
 ¡Allí se vive más...? ¡Allí, Destino
 quiero contigo ir... ya no está lejos...!
 (Dice los últimos versos próxima al banco, donde
 queda reclinada otra vez; desaparecen el palacio, la cho-
 za, el templo de la gloria y el espectro. Despierta.)

¡Oh, qué sueño venturoso...!
 Cuánto difundió en mi ser,
 entre el bendito reposo
 de letargo tan hermoso,
 mil corrientes de placer.
 ¡Afan que en sueños sentí,
 y que despierta hay en mí
 desde que mi ser se agita!...
 ¡Si alcanzaras la infinita
 ventura que en sueños ví!..
 ¡Que el mundo es un lupanar!..
 ¡Que cifra el mundo su empeño
 en la demencia, en gozar!..
 Esto no lo hay que dudar
 no ha mentido en ello el sueño.
 ¡Que guarda eterna memoria
 en sus anales la historia
 á todo genio fecundo,
 cuyo nombre es para el mundo
 un emblema de la gloria;
 tampoco en esto mintió,
 porque ha siglos que vivieron
 genios que inmortalizó
 la fama, que no murieron,
 porque les conozco yo.

Que á ellos es deudor el mundo,
 de ese tesoro fecundo
 de progreso y magestad;
 que llegó á la inmensidad
 tu genio ardiente y fecundo;
 que á su peregrinación,
 llevaron en la pelea
 victorioso su pendón,
 con el calor de la idea
 y el valor del corazón.
 Nada hay en ello dudoso.
 España tuvo un Cervantes,
 muy misero, y tan coloso
 que se vió al fin victorioso,
 de sus pueblos ignorantes.
 ¡Yo anhelo hasta allí subir;
 quiero luchar y sufrir
 ayudada del destino
 del arte por el camino...!
 Yo... ¡No me quiero morir...!

FIN.

RAMÓN ORTÍZ Y BENEYTO

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPITULO CUARTO.

El papado en los tiempos modernos.—Una página de
 Castelar.—El pontificado de Pio IX.—Los Estados
 pontificios de hoy.—La casa natal de Pio IX.—La
 elocuencia de los números.

I

Así el poder temporal de los Papas desapare-
 ció la primera vez, y como por encanto, de en-
 tre las manos del pontificado, y Pio VI, llevado
 á Francia prisionero, no pudo transigir con la
 desgracia, muriendo en 1799 en Valencei, lan-
 zando imprecaciones contra la Francia, el pue-
 blo que inició la enciclopedia, y contra todas las
 naciones que se gobernaron por la forma repu-
 blicana.

Restablecióse un año más tarde el poder temporal del papado y Pío VII se encontró á muy luego de empuñar la tiara con una amenaza de Napoleón I, que habiendo recibido entre sus manos la corona de Italia en 1805, «solamente él podía ser el rey de Roma», según sus locas ambiciones.

El Papa, olvidándose de lo que indudablemente podía Napoleón I, no se prestó de buen grado á complacerle, pero tuvo que hacerlo forzosamente. Reducido á prisión y ofuscado Pío VII en sostener los derechos del pontificado, como él llamaba al poder temporal, no le fué posible resistir mucho tiempo en su obstinación, y accediendo á las indicaciones de Napoleón I se vió en la necesidad de ceder á Italia sus provincias del Norte, mientras los restantes, que componían sus Estados, se anexionaban al imperio en 1809, permaneciendo así este orden de cosas hasta que el Papa recibió su libertad y pudo restablecer el antiguo poder temporal, en 1814, aquel poder que después de haber coronado á Napoleón I, este ambicioso le arrebató por la ley de la fuerza.

El pontificado, pasando por estas bruscas metamorfosis, quedó nuevamente restablecido, como antes de ser ocupado el territorio del Papa por los soldados de la república, si bien Aviñón, la patria del inmortal Petrarca, y el condado veneciano, adquisiciones que lograra para los Estados pontificios Clemente VI, pasaron al poder la Francia.

II

Desde entonces los sucesos se han atropellado en la corte de los Papas, y los Cónclaves se han repetido. El primero fué aquel en que se eligió Papa Pío VII (Chiaramonti) en 1800; el segundo en 1823, que eligió á Della Genga bajo el nombre de León XII; el tercero á Saverio, bajo el de Pío VII en 1829; el cuarto convocado en 1831, y cuya elección recayó en Cappellari ó Gregorio XVI, y el quinto que puso en la silla de San Pedro á Mastai de Sinagaglia, ó sea Pío IX en 1846. Dos de estos Pontífices han ocupado dicha silla por un periodo de tiempo extraordinario; Pío VII, que la gobernó por veintitres y medio años, y Pío IX, que la gobierna actualmente y es único de los 262 sucesores de Pedro que ciñe la tiara por más de un cuarto de siglo (1).

Los sucesos del Papa actual reasumen la historia entera del poder temporal del pontificado.

En 1.º de Junio de 1846 falleció Gregorio XVI; el 14 se abrió el Cónclave y el 16 por la tarde resultó elegido Pontífice en el cuarto escrutinio el cardenal Mastai, ó sea Pío IX. Es decir, que en diez y seis días se nombró sucesor, con aplauso de la cristiandad.

En 17 de Junio, á las nueve y media de la mañana, el cardenal Carmalengo, Riario-Sforza, apareció en el balcón del Vaticano, y exclamó: «*Papam habemus eminentissimum ac reverendissimum dominum Joannem Mariam Mastai Ferretti qui sibi imposuit nomem Pium IX.*»

Las circunstancias de esta elección merecen ser recordadas.

El Papa Gregorio XVI acababa de morir agramado de trabajos y de años.

El cardenal Mastai se dirigió desde su diócesis al Cónclave. Llegó á Roma la tarde del 12 de Junio de 1846; el 15 entró en el Cónclave con los demás cardenales; el 16 fué elegido Papa por unanimidad, y el 17 el pueblo romano, y muy pronto el universo católico, aclamaba el nombre de Pío IX.

Al llegar á esta fecha, no podemos resistir al deseo de trasladar aquí la reseña que hace el señor Castelar en su libro *Recuerdos de Italia*, de aquella elección.

(1) Háse dicho que se había prescindido de la ley que disponía se escogiese el Papa entre los cardenales nativos de Italia. Pero semejante especiota debe traer su origen de persona ó muy preocupada contra la religión católica ó muy ignorante; porque la verdad es que no existe semejante ley ó cánón.

Dice así:

«El 14 de Junio de 1846 dirigíanse los cardenales al Quirinal; Gregorio XVI había sido enterrado pocos días antes, y su cadáver insultado y su memoria denostada por el pueblo. El Cónclave prefirió los salones del Quirinal á los salones del Vaticano, porque si esperaba las inspiraciones del Espíritu Santo en todas partes, temía que en el palacio, por excelencia pontificio, no bastaran estas inspiraciones divinas á contrastar los efluvios de la fiebre...»

«El Cónclave estaba dividido. Fueron varios escrutinios indispensables. En ninguno de ellos resultaba el número de 37 votantes que un Papa necesita para subir al sòlio, y desde allí interpretar la voluntad del cielo. El escrutinio último fué impuesto después de largas dilaciones. Pío IX era escrutador, y debía leer en voz alta los nombres de los votados. Conforme sacaba papeletas y las desdoblaba y leía, sus fuerzas flaqueaban, su voz balbuceaba, lágrimas amarguísimas caían de sus ojos, sollozos profundos anudaban su garganta, hasta que al fin, temeroso de desmayarse, entregó á otro cardenal el escrutinio, y yéndose á un sitio apartado, cubrióse con ambas manos el rostro. Al término obtuvo los 37 votos indispensables á su proclamación. Antes de que oficialmente se viera proclamado, dirigióse uno á uno á los cardenales, y les pidió, y les rogó, y les instó á que apartasen de sus labios aquel cáliz...»

«El Cónclave no quiso oírle, y le confirmó en su altísima dignidad. Pío IX aceptó, y después de haber aceptado, postróse de hinojos ante un altar y salmodió entre dientes varias fervorosas oraciones por espacio de media hora; después se volvió al Sacro Colegio, y el Espíritu Santo vino á posarse sobre aquella cabeza como su nido en la tierra.

«Nada, acaso, ha igualado nunca al *hosanna* de los primeros días de este reinado, que, salvo raros intervalos, que tampoco han pasado muy tranquilos, no ha sido sino una larga tempestad. El himno de admiración y de amor que resonó aquel día, no ha cesado aún; pero entonces, falso ó sincero, era unánime. El mundo tuvo, por decirlo así, un desvanecimiento de ternura; entreveíase la posibilidad de armonizar los deseos de los pueblos con las exigencias del orden. Gregorio XVI, que se veía apremiado con harto exceso por los gobiernos para poder hacer ninguna concesión con honor, hartó entrado en años para realizar con éxito grandes cambios, y hartó atacado para salir de las vías de la resistencia y descuidar la represión, tuvo que mantenerse firme hasta el último momento. Su sucesor, joven y adorado, quiso aprovechar desde luego lo favorable de las circunstancias, que le daban tiempo, y lo propicio del movimiento público, que parecía darle corazones. En tales circunstancias hizo reformas importantes, concedió libertades que se le pedían, y prometió otras, pidiendo solo las demoras necesarias para prepararlas; hizo reinar, en fin, la misericordia.

«Su primer acto fué una lata amnistía para todos los condenados, desterrados y acusados políticos, dada bajo la única condición de reconocerle éstos por su soberano legítimo, y de comprometerse, bajo palabra de honor, á conducirse en adelante como súbditos leales.

«Pío IX era de estatura algo más que mediana, su cuerpo grueso, el pecho muy ancho y las manos pequeñas. Su paso fué lento siempre y nada afectado en las grandes solemnidades.

«Su cabeza, grande y fuerte, presentaba una gran armonía de contornos.

«En su frente espaciosa se veía un mechón de cabellos que asomaban por debajo de su blanco solideo de raso. La fisonomía de Pío IX era muy simpática. Tenía la parte derecha de su cuerpo más débil que la izquierda. La mejilla derecha

algo más flaca, y el ojo de este lado más sensiblemente cubierto por la pupila.»

Hasta aquí el Sr. Castelar, hablando de Pío IX. Precedido de una aureola popular subió éste al trono pontificio. Había quien por las manifestaciones exteriores de su aspecto agradable confiaba en verle al frente del movimiento liberal. Pero se engañaron.

III

La historia de su pontificado, año tras año, puede verse en el siguiente resumen:

1846.—Pío IX es elegido Papa el 16 de Junio, y se proclama jefe de los principios liberales en Italia.

Proclama un jubileo el 20 de Noviembre.

1847.—Durante todo este año el mundo entero alaba al nuevo Papa.

Restablece el patriado en Constantinopla el 23 de Julio.

1849.—Pío IX rehusa declarar la guerra á Austria.

Sale de Roma huyendo el 22 de Noviembre.

1849.—Pío IX vive refugiado en Gaeta y se asocia á la reacción contra la República romana.

Resuelve proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción.

1850.—Pío IX regresa á Roma, gracias al favor de las potencias católicas.

1851.—Pío IX afirma el Concordato con España en 5 de Setiembre.

Proclama un jubileo el 21 de Noviembre.

1852.—Pío IX dirige breves admirables á los obispos españoles, franceses é irlandeses. Canoniza á Pablo de la Cruz.

1853.—Pío IX restablece en Holanda la jerarquía episcopal y reglamenta los seminarios romanos.

1854.—Pío IX proclama dogma la Concepción el 8 de Diciembre.

1855.—Pío IX se muestra afligido de las picas que destrozan la Italia del Norte.

Firma un concordato con Austria el 20 de Julio.

1856.—Pío IX se entristece al ver los disturbios que afligen á España, Francia, Italia, Méjico y América del Sur.

Hace universal la festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

1857.—Pío IX recorre todos sus Estados en medio del mayor entusiasmo.

1858.—Pío IX dirige sabias amonestaciones al episcopado católico.

Prevé la revolución italiana.

1859.—Pío IX se dirige al Czar en favor de los polacos.

1860.—Pío IX excomulga á los invasores de los Estados de la Iglesia.

1861.—Pío IX pronuncia una notable alocución sobre los orígenes del reino de Italia en 30 de Setiembre.

1862.—Los mártires del Japón son canonizados el 6 de Junio.

Pío IX prevé las herejías que se apoderarán de Alemania.

1863.—Pío IX defiende á la Polonia contra el Czar.

Celebra el 300 aniversario del Concilio de Trento.

1864.—Pío IX censura la tiranía del Czar contra los polacos.

Proclama el 2 de Diciembre la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* de los errores contemporáneos, maldiciendo á la libertad.

1865.—Pío IX condena y excomulga la francmasonería el 25 de Setiembre.

1866.—La revolución se alía al protestantismo contra el catolicismo.

Pío IX resiste con tenacidad y establece en el Colegio de los jesuitas una sección de escritores encargados de defender el catolicismo.

1867.—Todos los obispos del mundo se rennen

en Roma para celebrar el centenario de San Pedro.

Pio IX anuncia el Concilio ecuménico.

1868.—Pio IX convoca el Concilio para el 8 de Diciembre del año siguiente.

1869.—Los patriarcas, arzobispos y obispos se reúnen en el Vaticano el 8 de Diciembre.

1870.—Pio IX promulga la infalibilidad papal en materia dogmática el 24 de Abril.

Los italianos invaden á Roma el 20 de Setiembre.

1871.—El gobierno italiano ofrece ciertas garantías al papado.

1872.—El gobierno italiano decreta la supresión de los conventos y embarga sus bienes.

Pio IX protesta enérgicamente contra el decreto de Víctor Manuel.

1873.—La Iglesia católica es contrariada por su intemperancia y perturbadoras decisiones por los gobiernos de Prusia, Rusia, Italia, Suiza y los de las Repúblicas americanas.

1874.—Austria se coliga á los que combaten la Iglesia.

Pio IX convoca un Consistorio el 24 de Diciembre, exhortando á los fieles á hacer penitencia.

1875.—Pio IX proclama la apertura de un gran jubileo.

1876.—Pio IX apoya la propaganda de los principios católicos en todo el globo.

1877.—Pio IX celebra el 21 de Mayo el aniversario de su episcopado.

Proclama doctor de la Iglesia á San Francisco de Sales el 16 de Noviembre.

1878.—Pio IX celebra el 15 aniversario de su primera comunión en 2 de Febrero.

IV

Tales son los rasgos más característicos del pontificado de Pio IX.

Hay quien juzga hoy al Pontífice acogiéndose á una trinidad de fases que es difícil separar en sí. Y á este propósito se nos ocurre consignar aquí lo que ya hemos dicho en otro libro (1), por cierto condenado por la Iglesia, y es que á Pio IX hay que conocerlo como hombre, como rey y como Papa, y como el Conde de Mastai Ferreti es digno para nosotros de censura, la separación de esta trinidad (inviolable para muchos) de hombre, rey y Papa, sólo es cuestión de método.

¡Y cómo de otro modo podría decirse, sin faltar á los miramientos que muchos creen deben guardar á los altos poderes, que el Hombre es excelente, el Rey pernicioso y el Papa intolerante! Quien defiende la libertad religiosa, el sufragio universal y el derecho á gobernarse las naciones por sí mismas, se encuentra apartado, desde luego, de ciertas cuestiones opuestas á esos principios.

Teniendo en cuenta la generación y evoluciones históricas para considerar como un dato, y dato importantísimo, ciertas instituciones religiosas ó políticas, no cabe otro criterio que ó ensalzar esas instituciones, ó depurarlas en el crisol de los principios prácticos de la vida moderna.

Así, pues, condenamos, como rey, como Papa y como hombre á Pio IX.

Pero hagamos historia sobre algunos rasgos principales del Pontífice actual.

Algunos años después de la muerte de Pio VII, la semilla que sembraron los revolucionarios de 1793, germinó de nuevo en Roma hasta el punto que los Estados pontificios se declararon en república democrática en 1848. Hasta entonces la formaban el territorio que le dió el arreglo de 1832, esto es, 21 provincias. La de Roma se llamaba *Comarca*; la de Loreto *Comisariado*; seis llevaban el título de *Legación*; y, trece el de *Delegación*.

(1) José Mazzini, ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia (obra excomulgada por el mismo Pio IX).—Madrid, 1876, un volumen, 4 reales en todas librerías.

Hé aquí la estadística de estas 21 provincias, con expresión de sus capitales y habitantes:

PROVINCIAS.	CAPITALES.	Habitantes.
Roma (Comarca).....	Roma.....	180.000
Loreto (Comisariado).....	Loreto.....	10.000
Valetri (Legación).....	Valetri.....	11.200
Urbino.....	Urbino.....	8.500
Forli.....	Forli.....	17.900
Rávena.....	Rávena.....	17.400
Bolonia.....	Bolonia.....	74.000
Ferrara.....	Ferrara.....	24.700
Frosinone (Delegación).....	Frosinone.....	7.000
Benevento.....	Benevento.....	15.400
Chivitaqueia.....	Chivitaqueia.....	8.600
Viterbo.....	Viterbo.....	14.600
Rieti.....	Rieti.....	9.600
Espoleto.....	Espoleto.....	8.400
Perusa.....	Perusa.....	32.900
Orvieto.....	Orvieto.....	9.600
Camerino.....	Camerino.....	8.500
Macerata.....	Macerata.....	14.000
Fermo.....	Fermo.....	8.700
Ascoli.....	Ascoli.....	13.500
Ancona.....	Ancona.....	34.000

V.

Apenas subió al poder Pio IX elevó el estándar de la libertad sobre el Vaticano, y muy luego influido su espíritu por el jesuitismo que le dominaron bien pronto, se declaró reaccionario y apostató de cuanto en un principio iniciara. La proclamación de la república en Roma estaba justificada. Pio IX no pudo en un principio frenar el foco revolucionario de su país, y tuvo necesidad de refugiarse y hacerse fuerte en Gaeta, desoyendo la voz de los que le aconsejaban que se retirase pacíficamente á su patria á gozar de la tranquilidad que le ofrecía su ciudad natal, donde está la casa de sus mayores.

La casa solariega de Sinigaglia, patria de Pio IX, se halla situada en la calle del Monte de Piedad, núm. 33. El edificio, de aspecto señorial en su exterior, es sencillo y adornado de mármoles. En cada uno de sus pisos tiene cinco balcones. El cuarto en que vivió la luz Pio IX le habita ahora la condesa Vitoria, su cuñada, y está situado en el piso segundo.

Al subir se encuentra en la escalera una Virgen, delante de la cual arde una lámpara que el Papa hizo poner el año pasado, en sustitución de otra sumamente antigua y ya deteriorada. En la capilla, sita en el primer piso, se admira un cuadro de gran valor; en ella cuando joven Juan María Mastai ha oído misa muchas veces, y la ha celebrado después de ser Papa.

La casa del conde Jerónimo, padre de Pio IX, pasó á su hijo mayor, el conde Gabriel, que fué muchas veces gonfaloniero de Sinigaglia, y dotó á la ciudad con una traída de aguas con fuentes y lavaderos. A su muerte la cedió á su hijo el conde de San Luis, casado con una condesa del Drago.

Fuera de la puerta de Capuchinos, más allá del puente de la Misa, á la izquierda de la fuente erigida por el conde Gabriel, se ve una casa pequeña y humilde, en cuya pared está embutida una imagen de la Virgen de los Dolores, con esta inscripción en italiano:

«MDCCCLVI. Sabe ¡oh pasajero! que en esta cabaña, dada por los condes Mastai-Ferreti á sus colonos, fué criado conmigo Domingo Gobernatori, y por mi madre Mariana Chiavini Pio IX. »P. O. M. ¡Oh, si nuestra querida anciana viviera hoy, que gozo y qué consuelo para ella!»

La condesa Victoria vive y tiene hoy la misma edad que Pio IX.

El hermano de leche de Su Santidad aun trabaja en el campo; tal es su robustez y estado de salud, á pesar de su ya caduca edad.

Según resulta de unas inscripciones que se hallan en el sepulcro de la familia Mastai, en la iglesia de la Magdalena, la longevidad de esta familia ha sido asombrosa.

Juan María, bisabuelo de Pio IX, vivió 73 años.

Hércules, su abuelo, vivió 93.

Jerónimo, su padre, 83.

Su madre, 88.

Sus tres hermanos, José, Gabriel y Cayetano, murieron de 76, 88 y 89 respectivamente.

A Cayetano le debe Sinagaglia la restauración de su iglesia *La Magdalena* y una importante manda que legó al Hospicio de la población con objeto de que constantemente se albergasen en él 20 asilados, 10 hombres y 10 mujeres.

Pio IX, á pesar de los deseos ambiciosos que le hicieron resistir en Roma hasta última hora, le hubieran retirado á su casa solariega á no haberle impulsado el clero intolerante á que permaneciese en Gaeta, donde residió más de un año, hasta que los soldados franceses lo repusieron en su silla donde continuó 22 años más dirigiendo los destinos de Italia, gobernando en lo temporal á un pueblo que ya cansado de sufrir la tiranía pidió su anexión al reino de Italia en 1862, voz que fué ahogada por la amenaza primero, y por el hierro y el fuego más tarde.

VI.

Por supuesto, que una de las razones que los neo-católicos aducen para defender el poder temporal de los Papas, es que su soberanía espiritual es universal, y el que tantos espíritus gobierna algo debe tener en la tierra. Este es otro error de los adoradores del papado. De los nuevos estudios hechos sobre la cifra de población del globo resulta que toda la población del mundo se compone actualmente de 1.450.000.000 almas (1). Esta cifra, sin embargo, no puede considerarse del todo exacta, en lo que concierne á la China, el Africa, la Australia y la Polinesia.

Europa contiene 312.398.480 habitantes; Asia 831 millones; Africa 205.579.500; Australia y Polinesia 4.411.300, y América 86.116.000.

Resulta un término medio de 589 habitantes por cada milla cuadrada de superficie del globo.

El culto que profesan estos habitantes se descomponen en varios grupos.

La religión mosaica no cuenta sino cuatro millones de adeptos, mientras que el budhismo tiene 400 millones, el brahmismo 200, el cristianismo 250, el mahometanismo 150 y 100 el fetiquismo.

Los judíos están repartidos en las siguientes localidades:

1.120.000 en Rusia.
650.000 en Austria.
600.000 en el Norte de Africa.
500.000 en la Turquía Asiática.
215.000 en Prusia.
175.000 en los Estados de la antigua Confederación Germánica.
100.000 en América.
80.000 en el Asia Oriental.
70.000 en Erancia.
52.000 en los Países-Bajos.
13.000 en Inglaterra.
6.000 en Dinamarca.
4.000 en Italia.
1.500 en Bélgica.
1.000 en Suecia y Noruega.

Siendo, pues, la población del globo de almas 1.439.145.300, y no teniendo el cristianismo más que 250.000.000 quedan fuera del poder del pontificado 1.189.145.300 almas, bien que las restantes pertenecen en su mayoría al protestantismo, á los nuevos reformistas alemanes y á las diversas sectas cristianas que viven en la América, todas separadas del Papa romano. No tiene fuerza, pues, la argumentación de los neo-católicos en favor del poder temporal del papado, que ha terminado en Pio IX el *apóstata*, como le llaman los historiadores, sin duda porque habiendo sido liberal en sus mejores tiempos, se hizo absolutista después, excomulgando al telégrafo y al ferrocarril, aunque para escándalo del mundo se sirviera de ambas cosas; declaró dogmático el

(1) El geógrafo Patermann, que acaba de morir en Alemania, calcula que hay 1.439.145.300 habitantes en el globo. 312.398.480, de los cuales viven en Europa, 831.000.000 en Asia; en Africa. 205.319.500; 4.411.300 en Australia y en América 86.116.000.

cuerpo una conmoción extraña, sus manos corren á sostener su frente, la palidez cubre su arrugado rostro, sus piernas flaquean, y sus ojos pierden la luz, miseria, hambre siente, la muerte mas horrible se presenta en perspectiva la hija llora desesperada, sin saber lo que hace, sale á la calle en busca de socorro, para un hombre que admirando su belleza se atreve, instiga y promete; la madre que llora la muerte que se acerca, y el remordimiento de su conciencia la empujan y entrega á aquel ángel puro, mariposa blanca que llena de amor filial se precipita al abismo abierto, no por ella, sino por la viciosa, sociedad, aquel cuerpo dotado de belleza, ó gracias á un hombre, que compra con el oro las lágrimas de una mujer, ¡quién sabe si cuando vuelvas vivirá tu madre, quién sabe si ya yerta sobre el pavimento habrá dejado de existir, dejando en este mundo á una hija que deshonrada se ve en la precisión de continuar su emprendida carrera, ó tal vez viva, pero escrita con grandes dolores, necesita de gastos, hay que continuar sufriendo al mismo tiempo que *gozando*, horrible si mil veces la vida de esa mujer digna de lástima, pero disculpables, porque no existe en ella el vicio, se encuentra en el que creyéndose dichoso, poseyendo en sus brazos á un ángel sin alas, da vuelos al goce, y no procura hacer una obra de caridad.

III

Dejemos ya á las que lloran; busquemos á las que, llenas de felicidad, olvidan al mundo real de la materialidad, para elevarse al mundo de lo sentimental y del verdadero placer de la mujer madre, siente desde un principio en su ser bullir otro ser; siente ya en su corazón el latido del amor y la ilusión; corre por su cuerpo el estremecimiento del goce al pensar que será madre y que será feliz con su hijo; esta mujer no se ocupa de la sociedad, no ve ya las tinieblas que envuelven al mundo que abandonó, y sólo trasluce el porvenir dichoso, lleno de alegrías y esperanzas, con la ilusión de una felicidad duradera; no puede nunca creer, y mucho menos pensar, que quizá aquel ser que todavía bulle en su seno pueda arrancarla muchas lágrimas; pueda hacerla desgraciada para siempre, y aún más, colocar sobre su frente el sello de la ignominia.

Nace el hijo, piensa la madre en lo que ha de ser; lo ve ya con el uniforme de ministro ú orlado por la corona de laurel; ¡dulces ilusiones que mucho trabajo cuestan y no todos alcanzan; coronas que se hallan tan altas, que muchos á ellas no llegan; uniformes que son tan pequeños, que á muy pocos le vienen cortos! Lo cuida con amor indescriptible, con ese sentimiento nunca bien ponderado que, bajando del cielo y salido en caudaloso manantial de la mujer y virgen, de aquella que buscando al hijo lo encontró crucificado, amor santo que en todos los corazones ha existido y en todos los pechos ha germinado ¡Madre!—pronuncia el criminal en sus penas y alegría. ¡Madre!—pronuncia el reo en aquel instante supremo en que el cuerpo, ya medio muerto, preso por las ferreas cadenas, y el alma ya vuelta á la verdad, llora sus crímenes ante el crucifijo de negra madera, alumbrado por amarillentas velas, y acompañando el murmullo del sacerdote que será el monótono tic-tac de un reloj; ¡madre mía!—sale de aquellos impuros labios que tantas veces habrá maldecido á su Dios, es lo único que queda al hombre, el recuerdo santo y respetado de aquella mujer que nos amamantó en sus pechos, que nos crió con su sangre, que lloró en nuestra desgracia y sonreía en nuestras alegrías ¡Madre!—balbucean también los tiernos niños cuando encuentran rudeza en otra persona, ó se ven amenazados de algún peligro. ¡Madre!—exclamad vosotros cuando leáis estas líneas, y... entonces brotará de vuestros labios la carcajada de sarcasmo para los que pretenden poner en ridículo á la mujer.

RAMÓN DE SANJUÁN.

(Se continuará).

¡SOÑABA!

Soñaba que mi labio sonreía,
soñaba monte y llano y mar y cielo,
ostentando su rica poesía:
soñaba el infinito
del placer y la gloria y la ventura,
cambiantes diamantinos en los lagos,
y trovadores mil en la espesura;
soñaba que en mi pecho renacía
el placer de las horas infantiles;
soñaba que veía
brindándome tesoros los pensiles,
que al cielo me elevaba
entre paradisíacas armonías...
¡soñando, que me amaba!...

R. ORTIZ Y BENEYTO

LOS GIGANTONES DE CARNAVAL

No ha mucho que visitando una ciudad de nuestras Castillas, famosísima tocante á cosas de clerecía, ví arrumbados en el camaranchón de su principal iglesia unos tremendos muñecos de palo y algodón, destinados á figurar antiguamente en las procesiones de Semana Santa.

Representaban los descomunales polichinelas, á varios personajes célebres, tenidos entonces en grande estima por el vulgo que todavía creía en algo. El Cid, Santiago y Santo Tomás andaban por las calles en aquellos tiempos vestidos de mogiganga. Bailaban los reverendos señores sus danzas sin compás delante de los Pasos sagrados; asustaban á las mujeres con el abrir y cerrar de sus bocas desquijaradas, haciendo abortar de terror á muchas hembras en estado de embarazo; servían de blanco á los incrédulos muchachos, los cuales se adiestraban en el manejo de las hondas tirando piedras á la cabeza del Santucho; y por último, eran heraldos que anunciaban en aquel desfile de monstruos de trapo á la espantable tarasca. Cerraba ésta la marcha religiosa con su hinchada barriga de escamas su rabo de serpiente, su cuello de tortuga y sus angulosas aletas de dragón. Y luego que los altares dejaban el luto por la muerte de Cristo, y la collera de campanitas del coro se estremecía tocando á gloria, todos aquellos fantasmones ilustres volvían á sus mechinales, quedando hasta otro año al cuidado de los ratones.

Cuando á estas reliquias de antaño hice mi reciente visita, no pude menos de pensar que si ellas están hoy en desuso, en cambio tienen modernamente una familia de descendientes que les han heredado en su gerarquía. Me afirmé en esta idea cuando el Carnaval pasado pasé la vista por los escaparates de trajes para máscaras. ¿No son en sustancia iguales los *Pierrots* modernos y los *gigantones* antiguos? La raza humana celebra eternamente sus fiestas disfrazándose de aquello que le causa más admiración ó más regocijo. Y es preciso desengañarse: el ideal de los tiempos presentes estriba en ser *Pierrot*; es decir, en tener la manga ancha, la cara lisa, sembrada la vestimenta de oropeles, los piés alojados en chancas para no dejarse sentir, y la cabeza terminada en clavo para meterla por todas partes.

Será en vano que desde la anaquelera del comerciante en antifaces, nos guiñen con sus ojos espachurrados ó nos suspendan misteriosamente con órbitas vacías, rostros deformes, erisipelosos, narigudos, arbolados, cloróticos, cadavéricos, jeremiacos ó idiotas, sobre todos ellos campeará la carátula del *Pierrot*, de expresión astuciosa y ladina, de rasgos secos y tirantes y del color fingidísimo del albayalde, simbolizando juntamente la avaricia, la indiferencia y el impudor.

Y sin necesidad de esperar á que el loco Carnaval se vista su hoga de cascabeles, como sentenciado á morir por risa, encuentran los *gigantones* en cualquiera época del año dignos sucesores.

¿Quién no reconocerá como tales á muchos figuras de levita y chistera, danzantes de teatros, Academias, salones y Parlamentos? El crítico Cantazo, el orador Rana, el poeta Mielés, el autor Vanidad, el sainetero Candileja y el joven galante Mir-lindo son admirables representantes de los vetustos manarrachos, todo pompa y relumbrón por fuera, y polilla y variedad por dentro. No tiene necesidad el hombre de que el calendario le diga cuándo debe cubrir su cara de carne con la de cartón pintado. Para que el corazón no crea en la infelidad ni ponga su punto de reposo en lo falso de la vida, no le es

preciso sentir el bullicio y oleaje del mundo hipócrita que lava sus sucias pasiones en un Jordán de fuego, para prepararse á entrar en el Calvario de la penitencia oficial. Bien se escucha desde la mesa en que el escritor apunta sus pensamientos, los gritos de las muchedumbres aturdiéndose sin saber por qué, que corren ignorando á dónde, que se hablan no atendiendo á lo que dicen, que van publicando muchas verdades bajo el embozo de mentiras, y atesorando, al revés, muchas mentiras, juzgadas neciamente verdades que deben ser calladas. ¡Horror! La multitud siempre equivocada. ¿Y el genio errará también? Shakspeare, Cervantes, Calderón, Franklin, Newton, Miguel Angel, Víctor Hugo...

**

Perdone el lector si al llegar aquí se corta el hilo de este artículo. La puerta de mi habitación se ha abierto y una mujer ha entrado por ella. No me preguntéis quién es ni qué señas tiene. Sólo os diré que es una de esas mujeres que lloran cuando se llora, que presentan su seno si se dobla la cabeza, abrumada de pensamientos dolorosos que hace ser amigo de la noche, pues os cosen los botones que se caen á vuestro paletot, que sazonan una ensalada al primer vuelco de vinagreras, y que saben mullir un colchón mejor que muchos escritores componer un libro.

Como veis, es una mujer vulgar y prosáica, sin incentivos sensuales, ajena á todo artificio amoroso, y que cuando abre sus brazos para estrecharle á uno lo hace con todo el cuerpo. Nunca he tratado de investigar su procedencia; habléla al volver de una esquina, sola, sin otro acompañamiento que su hermosura, como flor abandonada en el campo. Sus faenas, al mismo tiempo, no pueden ser más humildes. Tiene prurito en tener siempre limpia de polvo mi mesa, reluciente como el oro. No hay contento igual al suyo cuando levantándose en madrugada viene descalza y de puntillas, cierra el libro en que leo, sopla la bujía y me deja á oscuras, tropezando con las sillas. ¡Juegos de niños que hacen más felices á este pobre corazón humano, que todas estas caricias que cede la virtud hipócrita al vicio enfundado en billetes de Banco!

No sé si un trago de felicidad hace buenos los hombres. Es lo cierto que el aire vivo y refrescante de la población agitada por la alegría del Carnaval, dispuso al salir á la calle las nubes de mi espíritu y equilibrio los humores del cuerpo. Gigantones del alma soñadora y descontenta con esas creaciones de la imaginación, que, como esferas de espuma que flotan en el vacío, se rompen al menor choque con la realidad. En época de máscaras todos son dichosos, al menos aparentemente. Las panderetas de las estudiantinas sustituyendo al escalpelo y al Código, lanzan á los espacios sus sonos alegres y jacarandosos.

La locura hace voltear diablescamente las esclavinas de los dominós abigarrados, bajos los cuales se meten seres ansiosos de placeres estando hastiados de tristezas. El que entonces no se divierte puede creerse condenado á aburrimiento incesante todo el año. Si pasado el Carnaval alborota en algún sitio público, será castigado por la ley.—¡Venga, pues, la bulla y la algazara me dije.—Quédense á un lado los autores que iluminaron los oscuros cerebros humanos, y cuyos nombres desconoce mi fiel amigo, ó lo que es más visible, los toma por nombres de pescados. ¡Oh, laureles de la fama, insípidos y estériles! ¿de que servís si no podéis aderezar siquiera un plato de escabeche?

..

Conocí a tiempo el poco placer que el pensamiento ofrece á los que le cultivan. Tiré la pluma, y dando el brazo á mi cocinera, me eché á la calle. ¡Cuánta gente vimos, toda contenta, satisfecha, como si no hubiera crímenes, ingraticudes, deudas, ambiciones en el mundo! Seguíamos adelante, olvidando lo visto, que es como pensar en lo futuro, siempre lleno de hermosas perspectivas. Al fin llegamos á un ventorrillo. Allí nos instalamos alrededor de una mesa, protegida del sol y la lluvia por un cobertizo de entretejida parra, cuyos tallos nudosos y retorcidos proyectaban en el suelo una como sábana de signos arabescos de luz y de sombras. No podía ser más poético el sitio ni al propio tiempo más común y ordinario.

Guiñapos convenientemente zurcidos, que querían ser manteles, fueron tendidos sobre la tabla, sin otro objeto sin duda que los platos estuvieran

zando triunfos inexplicables y venciendo en batallas imposibles. El sol no se puso ya en sus dominios. La bandera española marcó su sombra sobre todos los horizontes. Todo el mundo era España. Nuestra lengua, nuestra literatura, nuestro arte militar, eran el arte militar, la literatura, la lengua de los demás países; nuestros generales los mejores, nuestros diplomáticos los más hábiles, nuestros soldados los más bravos. Por espacio de muchos años cansamos á la victoria, tuvimos encadenada la fortuna, y nada pasaba sobre la superficie del planeta sin que antes obtuviera el beneplácito de la corte de Madrid.

Luego, cuando por culpas nuestras nos llegó la hora tremenda de las expiaciones; cuando la corona del mundo se escapó de nuestra cabeza, y el cetro de oro cayó de nuestras manos y el manto de púrpura se desprendió de nuestros hombros; cuando empezó á declinar nuestra antigua grandeza, á debilitarse nuestro glorioso prestigio, aceptamos con resignación la penitencia que nuestros pecados merecían, y supimos ser tan grandes en la ruina como lo habíamos sido en la majestad. Cuando ya no pudimos vencer por la honra pura de la patria, supimos morir, para que no padeciera su buen nombre. No pudimos tener un Gravelinas, pero tuvimos un Rocroy; buscamos un Trafalgar allí donde no pudimos encontrar un Lepanto; cuando no triunfamos como en Bailén, sucumbimos como en Zaragoza; y el mundo entero siguió respetándonos, porque no supo donde éramos más grandes, si en Gravelinas, Lepanto y Bailén ó en Rocroy, Trafalgar y Zaragoza.

Un pueblo que cuenta tales hechos en su historia, no puede ser jactancioso, no lo es, porque sus hechos justifican siempre lo que en otros labios serían jactancias. Aquí, en España, siempre las palabras se quedan atrás, muy retrasadas, de los actos. El alcalde de Móstoles declarando la guerra á Napoleón parece un loco, y no hay hombre sensato que no prorrumpa en una carcajada al escucharle; pero, más tarde, cuando se ve que ese mismo alcalde de monterilla, que esta España que se hallaba tan caída, lucha siete años y al cabo de ellos expulsa á Napoleón de los confines de la patria persiguiéndole hasta más allá del Pirineo, de loco que parecía el alcalde de Móstoles, se hace sublime, y lo que empezó en una carcajada de ironía acaba en gritos de admiración.

Por eso los pueblos que defienden su independencia,

todos los pueblos oprimidos por un enemigo poderoso, vuelven la vista á nuestro suelo, pidiéndonos el secreto de nuestra fuerza, la clave misteriosa de ese amor patrio que nos hace tan fuertes, tan temibles, que nos da el valor ciego que obtiene siempre la victoria, que nos impulsa al sacrificio sin conseguir arrancar una protesta á nuestros labios ni un suspiro á nuestro pecho. El instinto calla en nosotros. Y ni la muerte nos asusta ni el triunfo nos engríe. Estamos decididos á morir, y acostumbrados á vencer.

De aquí que nuestras amenazas no sean vanas palabras de esas que el viento arrastra sin que dejen huella alguna en la historia de los pueblos. Alemania nos ha ofendido; Alemania nos ha agraviado; Alemania sentirá pronto haber obrado así, porque un pueblo dispuesto á todo, como lo está siempre nuestro pueblo, no es enemigo despreciable.

Y menos para Alemania.

La grandeza del coloso, en efecto, es más aparente que real. Imperio formado por la fuerza, y que sólo merced á ella subsiste, la fuerza le destruirá. Es una ley moral, la ley de las expiaciones, que se cumple siempre. No ha sabido contenerse en los límites que la marcaba la prudencia y ha abusado de su poder proclamando el imperio absoluto del más fuerte, desdeñando á los humildes y á los pequeños, como si ella no hubiera sido humilde, como si ella no hubiera sido pequeña, como si llegado á la cúspide de sus aspiraciones el pequeño reino de Prusia no hubiera debido volver atrás la vista y acordarse de aquella paz de Jena que la dejó tan maltratada, y en que un poderoso hizo gravitar sobre ella todo el peso de su poder. De aquí que se ha concitado muchos odios y se ha creado muchos enemigos. Inglaterra la mira sin amor, Rusia con recelo, Francia con ira, Portugal con resentimiento, Italia con inquietud, Austria con envidia. En el actual estado de cosas, puede bastar una chispa para producir un gran incendio. Frente al gigante de cuerpo de hierro y piés de barro esta España sola, inerme, abatida, sin grandeza, sin prestigio, sin dinero; pero en la leyenda bíblica una piedrecita desprendida de la montaña dió en tierra con el coloso, y ¿quién sabe si el destino no nos reserva el papel de piedrecita para humillar la altivez de ese imperio ensobrecido, que se cree Dios sobre la tierra, arreglador del mundo á su capricho? Hay en Marruecos una antigua leyenda popular, que puede aplicarse á todos los poderosos.

Cuando Dios creó el mar, le hizo jurar que no rebasaría el límite que puso á su furia, que respetaría al hombre inerme; pero el mar olvidó su juramento al verse tan grande, se creyó superior al Creador mismo, y faltando á su promesa desbordó su cauce y amenazó tragarse la tierra. Entonces Dios se volvió hacia él y le dijo:—Eres soberbio, ¡oh, mar! Olvidas en tu grandeza que yo soy sólo el grande, el sólo Omnipotente. Voy á castigar el pecado que has cometido contra mí, y para hacerte comprender cuán pequeño eres, mira quién es el encargado de tu castigo.—Y creó el mosquito. Nubes de estos animalillos poblaron el aire, se extendieron sobre la superficie del mar y se lo sorbieron en un instante, dejando el cauce en seco. Otra vez volvió Dios á hablar al mar oculto en el vientre de los mosquitos.—¿Reconoces que yo soy el único grande y que tú eres muy pequeño?—le preguntó.—Lo reconozco; señor—gritó el mar.—Al oírle, Dios encargó á los mosquitos que devolviesen el agua que habían bebido, y el mar tornó á ocupar su cauce, y desde aquel día no ha intentado nuevas rebeliones. Pero el tiempo que estuvieron sus aguas en el vientre de los animalillos las dió el sabor amargo que tienen.—Por eso, dicen los moros, es salada el agua del mar.

Esta leyenda popular puede tener aplicación al caso de Alemania. En su soberbia ha olvidado su punto de partida. Quizá toque á algún ser pequeño el recordárselo. Hace ochenta años, España fué la encargada de castigar al gran Napoleón.

Y Napoleón valía más y era más grande que Bismark.

Nadie puede conjeturar la solución que tendrá el conflicto; pero lo que sí puede decirse es que, de un modo ú otro, ha de ser satisfactoria para España. Heridas por la noticia del atentado, las provincias, y Madrid con ellas, organizan ya solemnes manifestaciones; magnífica explosión del amor patrio y de la dignidad nacional ofendidas en cuanto tienen de más caro.

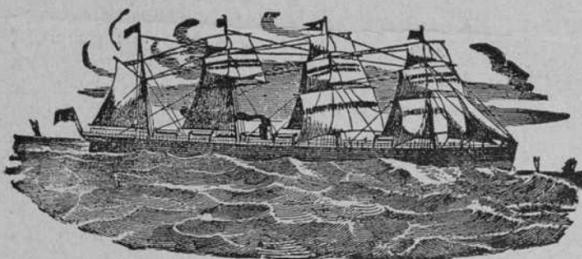
Que este arranque vigoroso de nuestro pueblo diga á las naciones que aún hay vida en las venas de España, y que toda la que hay en ellas está dispuesta á perderla por defender su territorio.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.
El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.
El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas ó instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA Rev.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1 administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13